



Universidad Pontificia Comillas

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

**PRIMAVERA DE PRAGA Y
POSMODERNIDAD**

Transformaciones en el PCE y el MCI entre 1968 y 1975

Estudiante: Carmen Rotger Ordóñez

Director: Prof. Carlos López Gómez

Madrid, abril de 2019

RESUMEN

Este trabajo nace de una reflexión sobre el fin: *¿El fin de la historia?* (Fukuyama, 1992) como concepción de una deriva mundial hacia un sistema único, y el final del franquismo en España como plasmación de este proceso mundial, reflejado en el viraje ideológico de la izquierda mundial a través del recorrido del PCE, que formó parte del movimiento eurocomunista junto con el PCF y el PCI.

¿Cuándo empieza esta deriva hacia el *pensamiento único* a escala global? Para este análisis tomamos en cuenta las teorías de la posthistoria y de la posmodernidad que estudian este viraje para analizar la fragmentación que supuso para el Movimiento Comunista Internacional la introducción del concepto de *diferencia* a través de la Primavera de Praga -la “última experiencia del comunismo liberal y reformador en Europa Oriental” (Anderson, 1983, pág. 92)- y la promoción de las *vías nacionales al socialismo*.

El marco temporal de este trabajo abarca desde 1968, año en que tiene lugar la entrada de la URSS en Checoslovaquia, hasta 1975, en que tiene lugar la Junta Democrática de España, cuando, consideramos, *el fin de la Historia* ya ha impregnado por completo la ideología y el proceder del PCE.

PALABRAS CLAVE

Guerra Fría, Primavera de Praga, PCE, Posmodernidad

ABSTRACT

This paper is the result of a consideration about the end: *The end of history?* (Fukuyama, 1992) as a conception of a world drift towards an only system, and the end of Francoism in Spain as a way of translating that global reality into national politics, reflecting that change in the international left arena through the activity of the Spanish Communist Party (PCE), that was a part of the Eurocommunist movement, together with the French and the Italian Communist parties.

When does this global change towards a single worldview take place? We take into account the theories about post-history and post-modernity that study this shift to study the fragmentation that the Prague Spring (defined as the “last experience of liberal and reformist communism in East Europe” by Perry Anderson in 1983) meant to the International Communist Movement, and the promotion of the *national roads to socialism*.

The selected timeframe to this study starts in 1968, year in which the entry by the USSR in Czechoslovakia takes place, and it finishes in 1975, year in which the *Junta Democrática de España* occurs, considering that in this last moment the theories of *the end of History* have yet embedded the activity and ideology of the PCE.

KEY WORDS

Cold War, Prague Spring, PCE, Post-modernity

LISTADO DE ABREVIATURAS

CC	Comité Central
EE. UU.	Estados Unidos
LCY	Liga de los Comunistas de Yugoslavia
MCI	Movimiento Comunista Internacional
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCCh	Partido Comunista de Checoslovaquia
PCE	Partido Comunista de España
PCF	Partido Comunista de Francia
PCI	Partido Comunista de Italia
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
POU	Partido Obrero Unificado
PPCC	Partidos Comunistas
PPCCOO	Partidos Comunistas y Obreros
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
RDA	República Democrática Alemana
RSCh	República Socialista de Checoslovaquia
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USA	<i>United States of America</i>

EXORDIO

EL FIN DEL LIBRO

*El árbol da sentido
la orquídea desprecia el significado
el árbol existe en un punto de una línea
la orquídea crea focos de luz.*

*La orquídea habla
y dice
“el pensamiento no es arborescente”
y cree que los árboles
sólo existen
en los campos de tulipanes
entre los tulipanes
el árbol dice que
en realidad
la orquídea es un árbol y lo cree.*

*La orquídea dice que la hierba
que crece en los huertos de China
es la realidad
el árbol dice
que China
es la realidad.*

*El árbol tiene hijos
la orquídea ve mesetas
que hierven
a través de las ventanas
que son conjunciones.*

*La orquídea cree en la Nomadología
el árbol transforma la Historia.*

*La orquídea critica el Estado como
modelo de libro
el árbol hablará
del fin del libro.*

Tabla de contenido

<i>LISTADO DE ABREVIATURAS</i>	4
<i>EXORDIO</i>	5
<i>CAPÍTULO 1: ESTADO DE LA CUESTIÓN, OBJETIVOS E HIPÓTESIS.</i>	8
<i>CAPÍTULO 2: PRIMAVERA DE PRAGA EN LA HISTORIA</i>	12
1. CONTEXTO DEL PCE	12
A. RECONCILIACIÓN NACIONAL	12
B. PACTO PARA LA LIBERTAD	14
2. PRIMAVERA DE PRAGA	15
3. TENSIONES CON MOSCÚ	19
4. DENTRO DEL PARTIDO	22
a) El pragmatismo de la actividad política	22
b) El fraccionamiento de las luchas sociales	23
5. POSICIONAMIENTO RESPECTO A LA INTEGRACIÓN EUROPEA	24
<i>CAPÍTULO 3: FUENTES DIRECTAS: LAS PALABRAS DEL VIRAJE</i>	26
1. 1967: ANTECEDENTES	26
La posición de nuestro partido ante el Movimiento Comunista Internacional	26
2. DE 1968 a 1970	28
Al buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética	28
Entrevista con los camaradas soviéticos del dos de septiembre	29
Al CC del PCUS: sobre nuestra apreciación de la situación en Checoslovaquia	30
Carta al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética del, 28 de enero de 1969, de Santiago Carrillo.....	30
Carta de respuesta desde el PCUS (sin fecha)	32
Aspectos de la lucha por el socialismo	33
3. DE 1971 A 1975	35
Intervención en la conferencia de los partidos comunistas de Europa Occidental Londres del 11 al 13 de enero de 1971	35
Discurso de Dolores Ibarruri en el VI Congreso del P.O.U. polaco	36
La inevitable transformación de España en un país democrático, jun 1974	37

Santiago Carrillo, en un acto conmemorativo del 57 aniversario de la Revolución de Octubre	38
Las elecciones italianas y otros temas, 1975.....	39
PCI-PCE declaración conjunta, 1975.....	40
Grandes alianzas antimonopolistas y pluripartidismo.....	41
 <i>CAPÍTULO 4: MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL Y POSMODERNIDAD</i>	43
INTRODUCCIÓN	43
POSMODERNIDAD: RECORRIDO Y DEFINICIÓN	44
a) De la destotalización a la obsesión epistemológica por los fragmentos	48
b) De grandes relatos a petites histoires	50
c) El crepúsculo del deber, la ética indolora y las “consignas” cosméticas	53
d) De la estética del simulacro a la incautación de lo real.....	54
e) Del metarrelato a la posmodernidad estética, discurso y producción	57
f) Deconstrucción de la noción de autor	58
g) Las obras de arte como organizaciones imaginarias del mundo	60
 CONSIDERACIONES FINALES	62
 <i>CAPÍTULO 5: CONCLUSIONES</i>	64
 <i>FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA</i>	67
 FUENTES PRIMARIAS	67
 BIBLIOGRAFÍA	68

CAPÍTULO 1: ESTADO DE LA CUESTIÓN, OBJETIVOS E HIPÓTESIS

Este trabajo nace de una reflexión sobre el fin: *¿El fin de la historia?* (Fukuyama, 1992) como concepción de una deriva mundial hacia un sistema único, y el final del franquismo en España como plasmación de este proceso mundial, reflejado en el viraje ideológico de la izquierda a través del recorrido del PCE.

La lectura de *¿El fin de la Historia?* sugiere que la Historia, en cuanto a curso en el que se inscriben los sucesos históricos, enlazados por un sentido. Esta posibilidad aparece porque, en el caso de que la democracia liberal llegue a ser capaz de satisfacer las demandas de los seres humanos de un reconocimiento universal e indiferenciado, sumado a esto el “agotamiento total de alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental” (Fukuyama, 1989, pág. 56), la forma última de gobierno humano sería la democracia liberal misma.

Por un lado, vemos en la afirmación citada un apresuramiento lógico, que se acompaña de una argumentación más que escueta de tal tesis en su obra. Nacen entonces en el lector sospechas de que esta obra, más que una reflexión política, sea un texto propagandístico. Tal es la opinión que se expresa *Los fines de la Historia*, donde se dice que “no surge de un punto estratégico, real o imaginario, en un aislamiento equidistante de las masas y del poder [como sí ocurría con las tesis de Niethammer, filósofo alemán que se ocupó en sus reflexiones del concepto de *Posthistorie*], sino nada menos que de las mismas oficinas del Departamento de Estado y su leitmotiv no trasluce un pesimismo lúgubre, sino un optimismo confiado” (Anderson, 1992, pág. 12).

Las teorías de la posthistoria, pues, tienen que ver con la concepción de que la democracia liberal es el sistema político último, el único en que el ser humano puede alcanzar plenamente su libertad, y la sociedad internacional la paz. Conforman, a fin de cuentas, el sustento teórico de la democracia liberal que Fukuyama defendió con tanto ahínco no sólo en *¿El fin de la Historia?*, sino también en *El fin de la historia y el último hombre*, que escribió para hacer frente a las críticas que se plantearon desde todos los sectores ideológicos ampliando su argumentario.

En este trabajo, después de haber estudiado en el Grado de Relaciones Internacionales a una gran mayoría de autores que no plantean alternativas a la

democracia liberal, nos preguntamos si tiene sentido seguir teorizando más allá de los límites de este sistema.

La pregunta inicial es, pues, ¿cuándo empieza esta deriva hacia el *pensamiento único* a escala global? Esto tiene que ver, sobre todo, con la caída de la Unión Soviética como único sistema, en un mundo bipolar, que existió hasta el final de la Guerra Fría. La siguiente pregunta que nos realizamos fue ¿cuándo, en el convulso desarrollo de los hechos históricos en la segunda mitad del siglo pasado, en España caló esta idea? Para responder a esta pregunta cabía pues examinar la evolución de los partidos de izquierda españoles.

Entendiendo que se había dado un viraje ideológico importante, seleccionamos el extremo que, en los partidos del arco parlamentario, se hallaba más a la izquierda en el inicio de la Transición: el Partido Comunista de España. Después de la lectura de *El PCE y el PSOE en (la) Transición* de Juan Andrade Blanco, donde se hace gran hincapié en las grietas que generó la invasión por la URSS de la República Socialista de Checoslovaquia, la Primavera de Praga, decidimos contrastar los cambios generados en el PCE a partir de 1968, año en que este suceso tuvo lugar, con las teorías que explican que *el fin de la Historia* sea una idea tan extendida en las Relaciones Internacionales contemporáneas.

La Primavera de Praga, entendida por Perry Anderson como la “última experiencia del comunismo liberal y reformador en Europa Oriental” (Anderson, 1983, pág. 92) se define por el autor de la siguiente manera:

En un medio industrial y cultural semioccidentalizado, con fuertes tradiciones parlamentarias de preguerra, se hizo dentro del partido gobernante un esfuerzo consciente y auténtico por deshacerse del lastre del control burocrático y avanzar hacia una verdadera democracia de los trabajadores. La destrucción de este proyecto con la invasión del Pacto de Varsovia en agosto de 1968 cerró el ciclo de desestalinización iniciado en el bloque soviético. (Anderson, 1983, pág. 92)

La hipótesis es, entonces, que los partidos que participan en el juego parlamentario español, todos ellos, son adalides de ese *pensamiento único de fin de la Historia*. Que, dentro de la democracia española, sólo cabe soñar con su propia perpetuación, incluyendo

esto sus aspectos positivos y negativos, más allá de ciertas reformas que puedan llevar a cabo ciertos partidos políticos.

La metodología, pues, ha sido la siguiente. En un primer momento, estudiamos el contexto histórico en el que la invasión de Checoslovaquia tiene lugar. Para ello, consultamos los textos de Gregorio Morán, Emmanuel Treglia, Consuelo Laíz Castro, Eduardo Abad García, Salvador Forner y Heidy Cristina Senante, Juan Carlos Rueda Laffond, Giaime Pala y Tommaso Nencioni, y del propio Santiago Carrillo, Secretario General del PCE.

Posteriormente, nos adentramos en las fuentes primarias para una vez contextualizada la coyuntura, estudiar hasta qué punto los sucesos en el plano internacional y nacional plasmados en el primer capítulo impregnan el funcionamiento interno del PCE y sus relaciones exteriores. Para ello, acudimos al Archivo Histórico del PCE, y examinamos documentos de la correspondencia con otros Partidos Comunistas (PPCC, en adelante), resoluciones, y artículos publicados en la prensa propia del Partido como son *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera*.

Finalmente, recurriendo a los textos de Eva Álvarez Ramos, Perry Anderson, Guy Debord, Gilles Deleuze y Félix Guattari, Jacques Derrida y Elisabeth Roudinesco, Michel Foucault, el propio Francis Fukuyama, Gilles Lipovetsky, Adolfo Vásquez Rocca y Gianni Vattimo, estudiamos el concepto de posmodernidad, que nace del desarrollo de la teoría de la posthistoria, que intentan explicar la deriva que defiende Fukuyama en 1989.

La estructura sigue el camino dibujado por la metodología, con un primer capítulo que contextualiza la Primavera de Praga, un segundo que refleja lo analizado tras la visita al Archivo Histórico del PCE, y un tercero que pone en relación lo anterior con las obras de los filósofos o pensadores mencionados en el párrafo anterior.

El marco temporal abarca desde 1968, año en que tiene lugar la entrada de la URSS en Checoslovaquia, hasta 1975, en que tiene lugar la Junta Democrática de España, cuando, consideramos, *el fin de la Historia* ya ha impregnado por completo la ideología y el proceder del PCE.

Finalmente, cabe decir, al hilo del primer capítulo de este trabajo, que no se pretende aquí, obviamente, legitimar la invasión de un país a otro, sino ver en qué medida la condena de esta invasión tuvo consecuencias para el Movimiento Comunista

Internacional (MCI), PCE y Europa en general, teniendo en cuenta la influencia del marxismo en la configuración de los sistemas democráticos actuales.

CAPÍTULO 2: PRIMAVERA DE PRAGA EN LA HISTORIA

El comunismo histórico (...) ha sido un movimiento colectivo que (...) ha marcado en profundidad la historia de las relaciones internacionales y la de distintos países, imbricándose – de varias maneras- con la especificidad de sus tradiciones nacionales y sus conformaciones sociales; que ha plasmado en forma directa o indirecta la organización económica, los sistemas políticos, las coordenadas culturales del mundo contemporáneo y, sobre todo, de Europa.

(Agosti, 1999)

1. CONTEXTO DEL PCE

A. RECONCILIACIÓN NACIONAL

En 1951, una crisis política agrietaba el franquismo, sosteniéndose la Falange por su armadura institucional más que por sus componentes, que comenzaban a disgregarse.

Un lustro más tarde, el 8 y 9 de febrero de 1956, con la crisis política del régimen más que aguzada, una huelga general alentada por estudiantes e intelectuales tenía lugar en España, con un apoyo amplio, para pedir una organización estudiantil sin injerencia de la Falange. El apoyo a esta movilización se debía, entre otras causas, a una nueva oposición antifranquista que comenzaba a ver la luz, y que iría afianzándose poco a poco, gracias, entre otros motivos, a la fuga de miembros de la Falange a estas nuevas filas, o a la de los componentes de los distintos sectores del “Movimiento Nacional”. En aquel año, en 1956, el espectro de la oposición iba desde sectores monárquicos, que pretendían impedir grandes transformaciones democráticas en el país en aras del sostenimiento de la oligarquía monopolista, hasta un incipiente movimiento progresista *interesado* por las reclamaciones de la clase trabajadora, en continuación con la trayectoria del catolicismo español. En el centro de este abanico existían una corriente liberal entre los que se contaban liberales clásicos y neoliberales progresistas, y grupos defensores de la democracia cristiana, que, se preveía, tendría gran calado social debido al arraigo del cristianismo en España.

Ante este escenario, el PCE decidió apostar por una política de brazos abiertos hacia todos estos movimientos (Erice, 2010) , y defender la unidad para derrocar pacíficamente al régimen franquista. En consecuencia, emitió una declaración con título “Por la reconciliación nacional. Por una solución democrática y pacífica del problema

español” en que, entre otras, llamaba a todas estas fuerzas opositoras a establecer claramente su posición respecto a la crisis del Franquismo. En el documento se desarrollaban, en palabras del propio PCE “criterios muy flexibles y sin fórmula preconcebida” (Erice, 2010, pág. 9) para esta unidad de la oposición. Dentro del PCE, las críticas vendrían a raíz de la palabra “reconciliación”, desacreditada por los marxistas ortodoxos (Abad García, 2018) por hablar sucintamente de una “reconciliación de clases”, que fue negada en todo momento por la cúpula del mismo PCE. El texto rezaba:

En la presente situación, y al acercarse el XX aniversario del comienzo de la guerra civil, el Partido Comunista de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la reconciliación nacional de los españoles, a terminar con la división abierta por la guerra civil y mantenida por el general Franco.

Fuera de la reconciliación nacional no hay más camino que el de la violencia; violencia para defender lo actual que se derrumba; violencia para responder a la brutalidad de los que, sabiéndose condenados, recurren a ella para mantener su dominación. (...)

El Partido Comunista de España, al aproximarse el aniversario del 18 de julio, llama a todos los españoles, desde los monárquicos, democristianos y liberales, hasta los republicanos, nacionalistas vascos, catalanes y gallegos, cenetistas y socialistas a proclamar, como un objetivo común a todos, la reconciliación nacional. (Comité Central del, 1956)

La apuesta por la “reconciliación nacional” constituía en sí misma un importante cambio en la política seguida hasta el momento por el Partido, y bosquejaba la trayectoria que, a partir de ese momento, seguiría el PCE. Las consecuencias inmediatas de este documento tuvieron que ver con una apuesta por la moderación (Erice, 2010): se aprovechaban los cauces legales para estabilizar las comisiones obreras, se apostaba por la Opción Sindical como instrumento para la reclamación de los derechos laborales más básicos, se luchaba por la amnistía de los presos políticos, se convocaban huelgas generales, como la Jornada de Reconciliación Nacional en 1958, con una repercusión limitada, ... En definitiva, el partido “adecuaba su mensaje a la sensibilidad de los sectores militantes emergentes” (Erice, 2010, pág. 12) . En cuanto a alianzas políticas, se abandonaba el objetivo de un gobierno provisional revolucionario y se pasaba a una propuesta unitaria de la oposición con fines inmediatistas como la reforma agraria limitada, el rechazo a las bases militares estadounidenses, la autodeterminación de las

distintas nacionalidades dentro de un único estado español, y un programa mínimo de amnistía, entre otros. El PCE apostaba, en resumen, por una *vía democrática de avance hacia el socialismo*.

En lo referente a los apoyos internacionales del Partido, éste era capaz de sostener esta difuminación de su homogeneidad con el resto de PPCC con un apoyo a las resoluciones más polémicas del PCUS: se convergió con “la condena al titismo, la invasión de Hungría o la excomunión del maoísmo” (Andrade Blanco, 2012, pág 102) , y se participaba asiduamente en eventos como el Festival Mundial de la Juventud. De hecho, serían de gran relevancia las detenciones masivas que tuvieron lugar por la asistencia de algunos militantes a Moscú en 1957 (Erice, 2010).

Esta política marcadamente moderada y heterodoxa daría al partido, en los textos sobre tardofranquismo (Abad García, 2017; Blanco, 2012; Erice, 2010; Morán, 1986) , el sobrenombre de *fuerza antifranquista por antonomasia*. Sin embargo, la dispersión ideológica (Abad García, 2018) que implicaba una mayor espontaneidad de la acción política, y un debilitamiento de las tendencias potencialmente unificadoras del movimiento obrero: generaba una desviación evidente entre derecha (carrillista) e izquierda (trotskista y maoísta) en el seno del partido.

B. PACTO PARA LA LIBERTAD

En Montreuil, cerca de París, el 20 de junio de 1970, Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri, entre otros dirigentes del PCE, asisten a un acto de solidaridad para con la consigna del *pacto por la libertad* apoyada por el PCF, habiéndose pronunciado antes a favor sus dirigentes Georges Marchais y Jaques Duclos (Laffond, 2015) .

También el PCI ofrece su apoyo, y su presidente, Luigi Longo, envía un mensaje reflejando tal hermanamiento para ser leído a modo de inauguración del acto. En *Mundo Obrero* se hablará de una concentración de casi cincuenta mil personas, viniendo la mayor parte de españoles desde el resto de las provincias francesas. Este acto se enmarca en un momento en el que todos los dirigentes del PCE tenían prohibida la residencia en el país galo, así como hablar públicamente, por lo que todos los preparativos se llevaron a cabo clandestinamente. El partido español manifestará sus reivindicaciones de un gobierno provisional, amnistía, libertades políticas y convocatoria de elecciones constituyentes (Morán, 1986).

Para muchos (Laffond, 2015; Morán, 1986; Pala & Nencioni, 2008), este acto constituirá una demostración de fuerza dirigida al PCUS, que en aquel momento intentaba crear escisiones dentro del PCE (Abad García, 2017) .

Vemos que, entre el episodio de la Reconciliación Nacional y el Pacto por la Libertad, a pesar de estar marcados por un mismo carácter reconciliador, existen ciertas diferencias sustanciales, siendo la más importante la internacionalización de la mirada del PCE. En el ínterin entre ambos, como veremos, el Movimiento Comunista Internacional sufrirá cambios que llevarán a un fraccionamiento orgánico, sobre todo en lo que se refiere a los países de Europa Occidental.

2. PRIMAVERA DE PRAGA

La primavera de Praga supuso un punto de inflexión en la unidad del Movimiento Comunista Internacional, llevando a una creciente diferenciación de los partidos comunistas que se hallaban a ambos lados del telón de acero. Estas diferencias irían aguzándose hasta eclosionar en la caída del muro de Berlín en 1989, y el ocaso del *socialismo realmente existente* (Pala & Nencioni, 2008).

La muerte de Stalin en 1953 había implicado un debilitamiento del control a las repúblicas que se hallaban bajo la hegemonía soviética (Harris, 2018) . Además, la recesión económica que emergió en 1963 golpearía la economía de la República Socialista de Checoslovaquia (en adelante, República Checoslovaca), debilitando su sistema económico planificado y planteando dudas entre la población sobre su efectividad. Este declive económico, a la vez, contrastaba con el auge que se vivía en las economías occidentales (Pala & Nencioni, 2008).

En el contexto internacional, un auge de la *nueva izquierda* (Abad García, 2018) , que acabaría cristalizando en el mayo francés tenía lugar cerca de la República Popular de Checoslovaquia. Mayo del 68 fue, a los ojos de algunos autores, una plasmación de la crítica pequeñoburguesa a los regímenes del socialismo real (Sergio Bologna, 2018), como podría considerarse también el *socialismo de rostro humano* que se intentará defender en la Primavera de Praga.

En 1967, Antonín Novotny era secretario del Partido Comunista Checoslovaco y presidente de la República. Es en este año cuando tendrá que enfrentar, entre otros, un progresivo descontento de la población, concretamente de los sectores intelectuales, profesionales y universitarios. Además, la burocracia se ralentizaba por el rechazo de la

parte del funcionariado que era conservadora respecto a las reformas económicas. Por último, a raíz de la guerra de los Seis Días entre árabes e israelíes, el Estado había emitido propaganda antisemita, generando así una reacción de condena en gran parte de la población que era todavía acosada por los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial (Pala & Nencioni, 2008).

El 29 de junio de 1967 se celebraba en Praga el IV Congreso de Escritores de Checoslovaquia, en que se encontraron los componentes de la Unión de Escritores del país (Bautista Páez, 2018) . En esta reunión, los “animadores” de la *Literární Noviny* (Gaceta Literaria) pidieron el fin de la censura que el Estado ejercía en la literatura, reivindicaron la “democracia de entreguerras” y protestaron abiertamente contra las prácticas dictatoriales del Partido. A raíz de esta condena hecha a la forma de proceder de las instituciones públicas en la revista mencionada, ésta misma sería intervenida y sufriría también la censura directa por parte del Estado. Este suceso tendría un eco notable en la sociedad checoslovaca y disminuiría el apoyo popular (Bautista Páez, 2018) .A esto se sumarían las reivindicaciones territorialistas de los eslovacos, que venían denunciando el centralismo de Praga y habían elevado propuestas para la descentralización de la economía, sugiriendo para ello un sistema federal que el Estado no estaba dispuesto a considerar.

En otoño de 1967, la población universitaria comenzó a manifestarse en las grandes ciudades de la República. En estas movilizaciones, Alexander Dubček, secretario del partido en Bratislava, la capital eslovaca, destacaría como líder político (Pala & Nencioni, 2008).

La represión que siguió a estas manifestaciones aumentaría de forma alarmante el aislamiento de Novotny, que, sin dimitir de la presidencia, sí dimitió de su cargo en el PCCh. Para sustituirle habrá que esperar hasta enero de 1968, en que el partido se debatirá entre dos candidaturas que se hallaban en las antípodas en cuanto a línea política; un candidato continuista connivente con el *gran hermano soviético*, y uno radicalmente reformador: Oldřich Černík. Finalmente, se eligió un candidato *prudente*, en el centro del espectro de las diferencias entre uno y otro. Dubček, que aportaba mayor seguridad al régimen que ninguno de los otros candidatos, decidirá cuando tome el mando del partido, tener en consideración a los sectores reformistas de la sociedad poniéndose al frente de sus reclamaciones políticas, en lugar de enfrentarse a ellas, entre las que hallamos la crítica a la estructura monolítica del partido, la ineficiencia de la planificación económica,

y la escasa permeabilidad del sistema político a las iniciativas de la población (Pala & Nencioni, 2008).

Leonid Brézhnev (secretario general del Comité Central del PCUS, y presidente de la URSS entre 1964 a 1982) ve en esta situación no sólo una desviación de lo que el “socialismo realmente existente” debía ser, sino también un peligro potencial de influencia de estos cambios en los sistemas políticos existentes en Polonia y la República Democrática Alemana. El Pacto de Varsovia (sobre todo Polonia, RDA y URSS) condenará la radicalización de Dubček y el nuevo grupo dirigente que, con él, había entrado al PCCh.

Durante la segunda mitad de marzo de 1968, Novotny intentará una movilización obrera para reavivar cierto espíritu proletario. Ante el fracaso de esta iniciativa, su dimisión como presidente de la República se hace efectiva el 22 de marzo del mismo año.

Seis días después, el Comité Central del PCCh aprobará el *Plan de Acción*, que llevará por subtítulo “el camino checoslovaco al socialismo”. En este texto se plantearán una serie de reformas liberalizadoras, entre las cuales se cuentan la desaparición de la censura, la renovación del aparato de seguridad del Estado, la regulación de las relaciones entre Iglesia y Estado, la separación entre Partido y Gobierno... El documento no hablaba directamente de *pluralidad política* acogida en un parlamento, “pero ese parecía el horizonte inevitable si se mantenía la dinámica” (Pala & Nencioni, 2008, pág. 143) propuesta por el texto. El ocho de abril de 1968 se conforma el nuevo gobierno presidido por Černík. Ante estas reformas de importante calado, el Pacto de Varsovia redacta la conocida como *Carta de Varsovia*, dirigida al PCCh, en que condena la desviación de la política llevada a cabo por Dubček y el nombramiento de Černík.

Dos meses más tarde, se aprueba una nueva ley de prensa en que se abren los caminos a la independencia de los medios de comunicación de la dirección de la República, y unos días más tarde se adelanta el congreso del Partido con causa en la expulsión de Novotny al 9 de septiembre para otorgar una legitimación oficial a las reformas llevadas a cabo. Ulbricht (Presidente del Gobierno de la RDA) dirá que estas reformas son *contrarrevolucionarias*, y se unirá a Gomułka (Presidente de la República Popular de Polonia) y a Brézhnev en la condena a las modificaciones, condena que llevará a una “doble intervención militar y política en Checoslovaquia” impulsada por este último.

La noche que precedió al 21 de agosto de 1968, 250.000 soldados (Santora, 2018), y más de 2.000 tanques (Bautista Páez, 2018) entraron en Checoslovaquia. Dubček fue trasladado a Moscú, no sin antes hacer un llamamiento a la población para que ofrecieran una resistencia pacífica a la invasión. Por su parte, el aparato ejecutivo del PCCh denunció de forma unánime la intervención, a la que tildó de violación del Derecho Internacional, y de “acto contrario a los principios revolucionarios de las relaciones entre estados socialistas” (Pala & Nencioni, 2008) . En la URSS, el número de la revista *Pravda* que se publicó el 11 de julio de ese año definía las reformas que había impulsado Dubček como “un llamado a la contrarrevolución”.

Un día después, el XIV Congreso del PCCh tiene lugar en una fábrica de forma clandestina. La presencia y participación de los delegados que habían sido elegidos para el 9 de septiembre es de un 71%. En la reunión se ratificará el *Plan de Acción* de Dubček y se convocará una huelga general para el 23 de agosto del mismo año. El llamamiento a la movilización será exitoso.

Sin embargo, ante las muestras de apoyo popular, en Moscú se fraguaba un destino en línea con la dirección soviética: un encuentro entre Brézhnev, Dubček, Černík y otras personalidades del PCCh tiene lugar para solucionar la diferencia irreversible que ha surgido entre ambos estados *hermanos*: el resultado implicaría una aceptación por parte de los checoslovacos de la desradicalización de sus propuestas de reforma, que se llevaría a cabo mientras el PCUS buscaba un sustituto para Dubček. En abril de 1969 Gustáv Husák (Ferrero Blanco, 2004) ocupa el cargo de Dubček, siendo éste destituido. Černík cesará en su cargo en 1970.

Los intentos checoslovacos de crear un *socialismo con rostro humano* y una *vía checoslovaca al socialismo*, ante el riesgo de fragmentación que suponían para las repúblicas del Pacto de Varsovia, perecen ante la *soberanía limitada* en el campo socialista. Esto tendrá importantes consecuencias, como veremos, para el Movimiento Comunista Internacional, sobre todo en lo que obedece a Europa y el bloque del Este (Elorza, 2018) .

Las consecuencias de este episodio, según Perry Anderson, tienen que ver con algo que sucedía paralelamente:

El descrédito del modelo reformista de Jruschov en la URSS creó las condiciones en las que el lanzamiento de una “revolución cultural”, como la

proclamada oficialmente por Mao en China, llegó a parecer una forma superior de ruptura con la herencia institucionalizada de la industrialización y la burocratización estalinistas, ruptura históricamente más avanzada por ser más radical en todos los sentidos (Anderson, 1983, pág. 92).

Por último, cabe mencionar la repercusión que esto tendría en la correlación de fuerzas existente dentro del marco de la Guerra Fría. A este respecto, EE. UU. hizo hincapié en sus campañas de comunicación de lo apremiante de defender a los países que se hallaban dentro de su zona de influencia, de la agresión de la URSS. Norteamérica debía defender las libertades individuales, y el derecho a la propiedad. En documentación oficial ya desclasificada del Gobierno de EE. UU. se encuentran referencias al hecho de que su intervención en algunos estados (sobre todo en América Latina y Vietnam) para frenar la expansión soviética en nombre de la libertad de los pueblos no era sino el lado amable del imperialismo que configuraba su sistema económico (Ferrero Blanco, 2004).

3. TENSIONES CON MOSCÚ

El PCE-PSUC vive, entre finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, una época de progresiva superación del aislamiento que había vivido hasta entonces, para llegar a convertirse en el “gran partido del antifranquismo” (Pala & Nencioni, 2008) . Sin embargo, algunas contradicciones quedarán por resolver, siendo la más notable de ellas para los autores de *El inicio del fin del mito soviético* “la necesidad de crédito democrático, sin el cual difícilmente podría culminar su rehabilitación política,” además de “la situación del “bloque socialista” de la URSS y las democracias populares del bloque del este”.

Los debates que se exponen en este trabajo suceden en el seno de un PCE que irá progresivamente fraccionándose en dos ramas generales: los que apostaban por la defensa de la política exterior soviética como programa para la revolución, y los que criticaban rotundamente al PCUS, alejándose cada vez más y resultando este alejamiento en una política de alianzas pragmática que se atragantaba a muchos de sus cuadros medios y militantes (Abad García, 2017) . Las escisiones más relevantes a causa de estas fracturas ideológicas serán las de la Oposición de Izquierda, más tarde transformada en Partido Comunista de los Trabajadores, de tintes trotskistas; y el Partido Comunista Obrero Español, que pretendía aglutinar a todos los comunistas a la izquierda del carrillismo.

El hecho de que la URSS fuera el baluarte de toda la clase obrera y el referente en el internacionalismo proletario tenía su origen en la renovación leninista del marxismo, que definió el marco teórico para la revolución socialista. Entre otras cuestiones, además, destacó su análisis del imperialismo como etapa dentro del capitalismo, el Estado burgués como canalizador de las aspiraciones de la misma clase y contrario a los intereses de la clase proletaria¹, y su cosmovisión del internacionalismo proletario que situaba a la URSS como el primer estado socialista en el mundo (Abad García, 2018).

Sin embargo, a finales de los años sesenta las experiencias de la Segunda Guerra Mundial, así como el imperialismo ideológico ejercido por EEUU a través de herramientas culturales (Dagnaud, 2011) habían llevado a una predominancia de la democracia parlamentaria como modelo de gobierno al que aspirar entre los sectores populares, y este sistema entraba en contradicción con las formas que adquiriría el socialismo real. Además, se extendía la idea, dentro del polo del Movimiento Comunista Internacional representado por el Partido Comunista de China, de que el modelo de socialismo soviético implicaba cierta perversión de la tradición marxista-leninista (Andrade Blanco, 2012). Por todo esto, la necesidad de separarse del PCUS era acuciante, como veremos más profundamente en el apartado siguiente.

A todo esto, se suma que, a pesar de la convergencia mostrada por el PCE a los posicionamientos de política exterior de la URSS (ver el apartado sobre “Reconciliación Nacional”), las contradicciones eran tales y el escepticismo tan acuciante, el Partido decidió separarse de esta senda de hegemonía soviética en 1969 para condenar la invasión de Checoslovaquia por parte de las fuerzas integrantes del Pacto de Varsovia. Sería en la Conferencia de Moscú de 1969 donde se encetarían las disputas. En esta Conferencia, el PCUS buscaba obtener respaldos los del MCI para justificar la invasión, y volver a una unidad consensuada de todos los Partidos Comunistas ante el liderazgo de la Unión Soviética, siguiendo la doctrina de la soberanía limitada bajo su ala (Andrade Blanco, 2012). Esta soberanía limitada, se creía dentro de el Partido, invalidaba cualquier expectativa de cambios en el seno del “socialismo real” (Elorza, 2018). En particular, en

¹ Lenin escribe en el prólogo de “El Estado y la revolución”, de agosto de 1917, que “La guerra imperialista ha acelerado y agudizado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La opresión monstruosa de las masas trabajadoras por el Estado, que se va fundiendo cada vez más estrechamente con las asociaciones omnipotentes de los capitalistas, cobra proporciones cada vez más monstruosas. Los países adelantados se convierten -- y al decir esto nos referimos a su "retaguardia" -- en presidios militares para los obreros.” Formatting... please wait

la entrevista paralela que tuvo lugar entre Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri, y Brézhnev y otros dirigentes del PCUS, los soviéticos pretendieron influenciar el discurso de los primeros con sentencias como “Estás jugándote la amistad de un partido de quince millones de militantes y de un Estado de doscientos sesenta millones de ciudadanos”, contestando a esto Carrillo: “es verdad que nosotros, un partido clandestino de un pequeño país, somos poca cosa comparados con vosotros; pero no olvidéis que España es el país del Quijote” (Treglia, 2015, pág. 228).

De hecho, una carta firmada por el Comité Ejecutivo del PCE había sido enviada en enero de 1969 al PCUS criticando la injerencia que éste estaba llevando a cabo en Checoslovaquia. Es por ello que, al asistir a la Conferencia de Moscú, su ánimo era el de afirmar su voluntad de seguir perteneciendo al MCI, pero dejar por escrito las reservas que existían respecto a ese *imperialismo soviético*.

El PCE, el PCI y también, aunque más progresivamente el PCF, responderán queriendo redefinir la noción de *internacionalismo proletario*, abogando por la igualdad de todos los partidos, la garantía de una independencia absoluta para construir su camino hacia el socialismo como modelo nacional de sociedad socialista, y exigiendo un derecho a criticar la política de otros partidos comunistas en el gobierno de otros estados del “socialismo real”. En definitiva, criticarán el imperialismo soviético (Elorza, 2018), y apostarán por un “movimiento comunista policéntrico y unitario en la diversidad” atendiendo a sus condiciones nacionales particulares (Treglia, 2015) . Esta respuesta sentará las bases del camino ideológico que irán tomando los partidos, y afianzándose en una suerte de proceso de bola de nieve a lo largo de las reuniones que entre ellos tuvieron lugar en los años venideros (Conferencia de Bruselas de 1974, reunión francoitaliana en Roma en noviembre de 1975, Conferencia de Berlín en junio de 1976, encuentro del PCE y el PCI en Roma en septiembre de 1976 y la cumbre eurocomunista en Madrid en marzo de 1977) (Andrade Blanco, 2012).

Esta tendencia apostaría pues por las *vías nacionales* al socialismo, esto es, por la independencia de todos los partidos Comunistas a los que únicamente había de unir cierta solidaridad internacional.

A pesar de cierto *apaciguamiento* de la relación PCE-PCUS en 1970 debida a una postura ambivalente del Partido español respecto en relación con la *patria del socialismo* (se llegó a la firma de un comunicado en que se declaraba el apoyo a la política exterior pacífica de la URSS), una nueva tensión surgiría en 1973, y el PCE acusaría al PCUS de

querer aislarlo en el MCI, y apostaría por una política cuyo rumbo había sido marcado por los sucesos de 1968, otorgándole mayor credibilidad democrática y abriéndole nuevas puertas” como las de los socialistas, socialdemócratas y la izquierda católica.

Los posicionamientos concretos, así como las respuestas obtenidas por el PCUS se estudian en el capítulo siguiente de este trabajo.

4. DENTRO DEL PARTIDO

En los años que sucedieron entre la Primavera de Praga y la Transición española se vivió un importante declive del Movimiento Comunista Internacional. El PCE propondría, en el ocaso de ese período, una nueva forma de *internacionalismo* para Europa Occidental (Treglia, 2015) en la búsqueda de una legitimación que sería necesaria para su legalización, y posterior participación en el juego parlamentario del sistema democrático español (Andrade Blanco, 2012).

Como hemos visto, la Primavera de Praga representa, en la historia de este partido, un punto de inflexión en su relación con la Unión Soviética. Sin embargo, al mismo tiempo que se daba este progresivo aislamiento de los partidos occidentales, otras cuestiones internas transfiguraban también la fisonomía interna del PCE (y paralelamente la de los otros partidos que formarían parte del eurocomunismo) (Treglia, 2015) . Tener en cuenta estas transformaciones, creemos, ayuda a comprender el momento histórico en que esta ruptura tiene lugar y a dotarla de sentido.

a) El pragmatismo de la actividad política

No son pocos los autores (Andrade Blanco, 2012; Ferrero Blanco, 2004; Morán, 1986; Pala & Nencioni, 2008; Treglia, 2015) que hacen referencia al hecho de que la actividad política de el PCE estuvo marcada, sobre todo a partir de 1956 con la Reconciliación Nacional, por un pragmatismo acuciante (un ejemplo claro de esto sería la iniciativa de Carrillo, en 1975, de defender los “partidos laboristas revolucionarios” en que habrían de converger partidos socialistas y comunistas, a pesar de que esto no llegara a llevarse a cabo) y en muchas ocasiones falto de respaldo de una línea ideológica. Esta *improvisación* del camino a seguir hacia el socialismo fue un factor determinante en el aislamiento que, en el Movimiento Comunista Internacional, iría sufriendo el Partido. En *El PCE y el Movimiento Comunista Internacional (1969-1977)*, Treglia menciona que, en 1975, “ni el Kremlin ni los regímenes disidentes como el rumano o el chino podían constituir referentes adecuados para el partido español, cuya voluntad de mantener una

cierta unidad con el resto del movimiento comunista fue así dejando paso a la exigencia de destacar su diversidad para fortalecer su credibilidad democrática”. Es decir, considerando su legalización o su participación en el juego democrático como prioritaria, su crítica a los demás partidos y gobiernos comunistas, que justificaba su separación de ellos, estaría profundamente marcada por una hoja de ruta que se alejaba de la puridad ideológica. Treglia rescata, en el mismo texto, una cita de una reunión del Comité Ejecutivo del PCE de 1972 donde, paradójicamente, Santiago Carrillo dirá:

Si nosotros llegamos en el análisis ideológico a las últimas consecuencias [...] ¿a qué nos conduciría? ¿Nos permitiría eso mantener relaciones y apoyarnos en unos y en otros a pesar de todo y luchar por la unidad de unos y de otros frente al imperialismo? Yo creo que más bien eso nos llevaría a aislarnos de unos y de otros, a enfrentarnos con unos y otros, a aislarnos incluso de aquellas fuerzas que más simpatizan con nosotros, pero que por razones de su propia lucha necesitan colaborar, necesitan mantener buenas relaciones con esos países. (Treglia, 2015, pág. 232)

Esta carencia de determinación de un fin político preestablecido no puede sin duda alguna dejar de considerarse oportunista y, en última instancia, peligrosa para un partido que se considera vanguardia teórica.

b) *El fraccionamiento de las luchas sociales*

En la década de los 60, en España existía un auge de los movimientos obrero y estudiantil, además del de las asociaciones de vecinos, profesionales, artistas e intelectuales. Todos estos sectores, sin embargo, hallaban cabida dentro del ala protectora del PCE, que hegemonizaba su actividad o la dirigía (Berzosa, 2012).

Esto, que era positivo en cuanto a lo que extensión cuantitativa del PCE se refería, traería también sendos problemas de interpretación de las cuestiones que debían tratarse dentro del Partido: la heterodoxia ideológica, convergiendo marxistas-leninistas, con grupos que se convertirían en facciones maoístas o prosoviéticas con el paso de los años, así como con socialdemócratas y la izquierda católica, asociaciones de corte feminista, y grupos nacionalistas (sobre todo los catalanes del PSUC), hacían difícil dibujar una línea política en la que una amplia base de militantes estuviera de acuerdo (Morán, 1986) . Las críticas y los debates poco fructuosos se sucedían en los Comités de un partido que dejaba poco espacio para una propuesta política estrechamente ligada con una línea ideológica

clara. Este cúmulo de imprecisiones vaciaría por completo de contenido el discurso marxista-leninista que se utilizaba dentro del partido, hasta contradecirlo e incluso rechazarlo en 1978 en su IX Congreso, en que se aprobó la renuncia a la etiqueta de “leninismo” que en tantas ocasiones había lucido el PCE como una insignia.

5. POSICIONAMIENTO RESPECTO A LA INTEGRACIÓN EUROPEA

A lo largo de los años cincuenta, un rechazo contundente marcaba el posicionamiento del PCE en relación con la integración europea por la consideración de ésta como un alineamiento con los resortes del imperialismo norteamericano, que pretendía una consolidación de los bandos creados por la Guerra Fría para una confrontación más sólida con la Unión Soviética (Forner & Senante, 2017) . Por otra parte, el gobierno franquista vivía un aislamiento del panorama internacional como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, en que se había posicionado a favor del bando perdedor.

Sin embargo, a principios de los años sesenta, el régimen franquista intentó acercar posiciones con la CEE. El ministro de Exteriores, Fernando María Castiella, envió una carta (la “carta Castiella”) al presidente del Consejo de Ministros de la CEE para dialogar con ella de cara a una futura y deseable participación de España en ella, en el marco de una política exterior *robusta* que llevaba a cabo con las limitaciones de un régimen autoritario (Cajal, 2010) .

La consecuencia de esto fue que el Movimiento Europeo promoviese, en junio de 1962 y previo al IV Congreso del Movimiento Europeo, un debate sobre la *cuestión española*, en el que participarían representantes de amplios sectores de la oposición a Franco, para tomar el pulso a la política española más allá de la Falange. El PCE, sin embargo, fue excluido con la excepción de permitírsele la asistencia de dos representantes a modo de observadores.

Esta exclusión tenía también algo de deseado por el Partido: su posición contraria al alineamiento con la política exterior de los EE. UU. y su rechazo a la integración por ser un instrumento del capitalismo monopolista la alejaban de ser un objetivo para el PCE. La valoración posterior de esta reunión por los observadores sería que una reunión planteada en un principio para promulgar el anticomunismo había terminado por plantear

para España un programa político semejante al que planteaba el PCE a modo de acuerdo entre todos los antifranquistas en el que se quería excluir al propio PCE.

Fernando Claudín, (miembro del comité ejecutivo), encabezaría en 1964 una crítica a la mayoría de la dirección del Partido. Su planteamiento era que, la revolución democrática deseable para el derrocamiento del régimen franquista y, por tanto, la integración europea no eran contrarias a la consideración del “capitalismo monopolista del Estado” ni a apostar por una futura revolución de corte socialista. Ante un primer rechazo por parte del Partido de los postulados de Claudín, estos irían calando hasta que, en una *Declaración del Partido Comunista de España* en 1965, se priorizaba el desarrollo económico de España y las oportunidades que, para una futura España democrática, la integración podía suponer (Forner & Senante, 2017) . El Mercado Común, se decía, podría ser influido por las fuerzas políticas de “carácter socialista y democrático” que podrían presionar para un desarrollo de la integración europea más *a su manera*.

La orientación tomada ya en el VIII Congreso del PCE en 1972 argüía que se apoyaría un acuerdo con la CEE para cooperar en una mejora de las estructuras económicas españolas, y para que alcanzaran la competitividad que era necesaria para confrontar un futuro sin el aislamiento propiciado por Franco (Andrade Blanco, 2012) .

Esta postura que se acerca ya al final de nuestro período de estudio sería la que mantendría el PCE en adelante, con leves variaciones. La contradicción con lo que, sólo unos años antes, en 1965, Carrillo decía en una crítica a las opiniones de Clarín no deja de ser llamativa:

Claudín habla de España y piensa en Europa, en la Europa del mercado común o de la alianza del libre cambio, con su elevado desarrollo económico. Esta es una actitud característica de todos los “liberales” y de todos los oportunistas españoles. Ciertamente que en una serie de países europeos donde el capital monopolista tiene el poder existen libertades políticas de tipo democrático. Pero [...] la tendencia objetiva del capital monopolista es a reducir y vaciar de sustancia esas libertades; a establecer regímenes autoritarios; en una palabra, a liquidar la democracia política. (Forner & Senante, 2017, pág. 22)

CAPÍTULO 3: FUENTES DIRECTAS: LAS PALABRAS DEL VIRAJE

1. 1967: ANTECEDENTES

La posición de nuestro partido ante el Movimiento Comunista Internacional

En noviembre de 1967, el PCE emitía un comunicado (Comité Central del PCE, 1967) por el cincuenta aniversario de la Revolución de Octubre, en el que hacía una valoración de la situación del Movimiento Comunista Internacional.

En las dos primeras páginas de este texto, se hace referencia, a cuestiones como la primera experiencia histórica en que desaparece “la explotación del hombre por el hombre”, el avance determinado que la URSS lleva a cabo hacia el Comunismo, al inicio del fin del sistema colonial, al crecimiento del movimiento comunista internacional (“que hoy tiene 52 millones de militantes”), cómo la victoria de los bolcheviques implicó “el triunfo de la posterior República China”, la aceleración del Movimiento de liberación nacional, y el éxito de la Revolución cubana. También se alude a los progresos científicos que se han llevado a cabo en ese tiempo dentro de las fronteras de la URSS: el dominio de la energía nuclear y “la conquista del Cosmos”; y se plantea que, en el balance de poder en el plano internacional, el campo socialista ejerce presión sobre los países capitalistas y ha evitado hasta ese momento una guerra que se habría llegado a convertir en guerra nuclear.

En lo referente a los problemas que en ese momento afronta el Movimiento Comunista Internacional, en el documento se dice que, sin duda, “la escisión provocada por los chinos” es el que debe abordarse con mayor precaución. Sobre éstos (Comité Central del PCE, 1967, pág. 16) se dice que “tratan de destruir el partido y las organizaciones populares” y les acusa de antisovietismo. Además, alude a otros problemas en los que “nuestro partido tiene un criterio unificado o debe tenerlo”. El primero de ellos es Yugoslavia, “el Estado que provocó la primera gran escisión en el Movimiento Comunista Internacional” (Tertsch, 1988) y que se saldó con los acuerdos de Belgrado y Moscú en 1955 y 1956, respectivamente. En estos acuerdos, la URSS reconocía el derecho de cada Estado socialista y partido comunista a establecer su propio modelo de vía hacia el comunismo, debiendo respetar el resto del Movimiento Comunista Internacional su soberanía, reconociendo su igualdad e integridad.

Sin embargo, la tensión fue creciendo entre la URSS y Yugoslavia, acusando los primeros a los segundos de revisionistas -crítica ampliamente reprendida por el PCE-. Las acusaciones hechas en la Declaración de 1960 y transcritas en “La posición de nuestro partido...”, condenan la traición que implican para el marxismo-leninismo las nuevas tendencias teóricas dentro de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia (LCY, en adelante) que han llevado hasta ese momento a la República de Yugoslavia a separarse del resto de países comunistas, y de haberse lanzado a los brazos de la ayuda norteamericana. Ante esto, el PCE coincide en que existan ideas revisionistas en el seno de la LCY, admitiendo que se ha dado la conciliación ideológica, pero hace un balance positivo de esos años de “traición teórica” sacando a colación un discurso de Tito en el que, sobre las simpatías que el sistema yugoslavo despierta en algunos sistemas capitalistas, afirma que éstas no embrutecen el hecho de que allí se esté aspirando a una “auténtica sociedad socialista”.

Pero sin duda, la cuestión que suscita mayor interés en todo el documento es la propuesta para corregir, en un futuro próximo, ciertos puntos de la Declaración de 1960. En este sentido, se pide que no se conserven las acusaciones de revisionistas a los yugoslavos, y que se establezca un “criterio más real y dialéctico sobre el hecho de que la vida impone hoy no una estrategia global simplificada, sino diversas estrategias según los países (...) sin que ello llegue a afectar objetivos comunes a todo el MCI” como la defensa de la paz, y la “lucha general” contra el imperialismo.

De las ideas recogidas hasta aquí, observamos primero cómo el PCE, partido considerado de vanguardia marxista-leninista, no realiza una crítica teórica a las desviaciones que titismo en el sentido de que, aunque entienda que se ha dado el revisionismo en la LCY, eso no afectaría a una desviación material del camino al socialismo, considerando que los años en que se ha llevado a cabo esa desviación, la materialidad de la revolución en Yugoslavia ha sido mejor. Estas ideas de separación entre teoría y práctica, como veremos, fueron también impulsadas por Althusser y Foucault, como veremos en el capítulo siguiente. Sobre Althusser, cabe decir que aún existiendo ciertas diferencias entre los postulados del autor y los del PCF, como la posición sobre China: Althusser mostraba simpatías hacia tal régimen, mientras el PCF era abiertamente hostil al respecto; también respecto al humanismo, Althusser se definía como antihumanista, mientras el partido lo alababa por ser vínculo entre los comunistas, socialistas y católicos, socios suyos en la fase de “democracia avanzada”; el trabajo teórico de este militante del partido francés tuvo una gran trascendencia “después de

1965, tanto dentro como fuera de las filas del PCF, dándole una posición única en la historia del partido” (Anderson, 1976, pág. 52).

Sobre la producción teórica de Althusser cabe resaltar su consideración de la ideología como “conjunto de representaciones míticas o ilusorias de la realidad, que expresaban la relación imaginaria de los hombres con sus condiciones reales de existencia”: la ideología era un sistema inconsciente, no *consciente* (Anderson, 1976, pág. 105).

Además de esto, la idea de fragmentación que se introduce respecto al MCI en relación con la Declaración de 1960, que no habría de afectar a la “lucha general contra el imperialismo”, guarda estrecha relación con el concepto *Rizoma* de Deleuze y Guattari, como también veremos en el siguiente capítulo.

Finalmente, volviendo sobre el texto, en lo que se refiere a la solidaridad entre estados comunistas, se concreta la forma en que el PCE considera que debe prestarse la solidaridad para con la lucha que en Vietnam están llevando a cabo los comunistas: se propone la movilización de las masas en los países imperialistas que apoyan la intervención de los capitalistas, con el fin de que se “ejerza sobre sus propios gobiernos la suficiente presión para que se desolidaricen” (Comité Central del PCE, 1967, pág. 33).

2. DE 1968 a 1970

Al buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética

El 22 de agosto de 1968, Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri firman una carta dirigida al buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética. En ella, se declaran en contra de la intervención en Checoslovaquia que ya ha perpetrado la URSS, haciendo referencia a la declaración de Bratislava, y en concreto al principio de no injerencia en los “asuntos interiores de un país” consagrado en ella. Refiriéndose a las consecuencias que esta intervención pueda tener, mencionan la pérdida de credibilidad de la *causa del comunismo* ante el panorama internacional, y el peligro de una mayor fragmentación en el seno del Movimiento Comunista Internacional (Carrillo & Ibárruri, Al buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética , 1968).

En la carta, pues, se hace una propuesta: convocar una conferencia en Checoslovaquia de los representantes de los PPCCOO de los países socialistas de Europa (en concreto, Francia, Alemania Federal, Italia y Finlandia, además de España) , incluyendo a los dirigentes del PCCh, para buscar una “solución política positiva” que

proteja la independencia de Checoslovaquia, huyendo del debate sobre el fondo de la cuestión teórica que Dubček planteaba y primando sobre la lucha teórica del MCI, la independencia de los Estados.

Entrevista con los camaradas soviéticos del dos de septiembre

El 2 de septiembre de 1968 (PCE, 1968) se lleva a cabo una entrevista entre un representante de la URSS en España, y *el camarada Antonio* por parte de España, con el fin de que el primero le haga llegar al Partido una carta del PCUS que afirma que “la presencia de la situación contrarrevolucionaria en Checoslovaquia es confirmada por un gran número de nuevos hechos que testimonian la existencia en la República Socialista de Checoslovaquia de la clandestinidad reaccionaria que continuamente conspiraba teniendo una base determinada, estrechamente ligada con los medios imperialistas extranjeros”. Además, la carta menciona que “se ha establecido que las fuerzas contrarrevolucionarias disponían de una gran cantidad de armas”.

La URSS también muestra preocupación por el debilitamiento que supondría para el Movimiento Comunista Internacional el hecho de que Checoslovaquia dejara de ser parte del campo de los estados socialistas y pasase al campo de los estados capitalistas. Vemos en esta reacción que se esgrimen argumentos propios del realismo político, de la calibración de poder entre Estados como sujetos políticos de mayor relevancia en el plano internacional.

Respecto a las amenazas que se hacían a la ortodoxia soviética, éstas tenían que ver con “la campaña colectiva de firmas pidiendo la disolución de las milicias obreras, mítines y manifestaciones antisocialistas, lanzamiento de piedras contra el local del CC, gritos anticomunistas, campaña de prensa contrarrevolucionaria, presión de las fuerzas antisocialistas por los medios de información sobre los delegados al Congreso extraordinario para obtener la elección de un nuevo CC compuesto de revisionistas de derecha y proclamar después del congreso las elecciones antes del fin legal de la Asamblea Nacional y a los órganos legales bajo la consigna *no elegir a los comunistas*”.

Lo que se critica abiertamente en la carta, a los dirigentes de la República Socialista de Checoslovaquia, es el hecho de que “después de Cierna y Bratislava (...) han violado el acuerdo mutuo y no han hecho nada para responder a la contrarrevolución en tanto que las fuerzas de derecha antisocialistas han intensificado aún más su actividad”. Se hace alusión también al hecho de que el partido burgués democrático de Slovaquia,

que ha ido cobrando fuerza en los años anteriores a la Primavera de Praga, ha difundido un llamamiento anunciando la devolución de las tierras a la propiedad de los campesinos y han pedido que se efectúen “elecciones a los órganos de poder bajo el control internacional de Inglaterra, USA, Francia e Italia” y que cesen de publicarse “artículos contra los occidentales” en la prensa comunista. A la vez, afirmaban que las fuerzas reaccionarias estaban difundiendo una imagen negativa del Pacto de Varsovia para forzar la retirada del país de este, y que estas fuerzas estaban recibiendo subvenciones de países imperialistas para tomar el poder.

Se introduce aquí de lleno la cuestión de la imagen como realidad, o como representación de la misma. A estos efectos, estudiamos en el capítulo siguiente los conceptos de *sociedad del espectáculo* de Guy Debord, y la incautación de lo real por medio del paso de la estética del disimulo a la estética de la simulación, de Jean Baudrillard.

Al CC del PCUS: sobre nuestra apreciación de la situación en Checoslovaquia

En octubre de 1968 continúan las conversaciones entre el PCUS y el PCE sobre Checoslovaquia. Reafirmandose en lo que el pleno Comité Central del PCE había aprobado en septiembre del mismo año, se dice que estiman que “la entrada de las tropas aliadas en Checoslovaquia representa mucho más que una simple injerencia y consideramos que la solución de los problemas pasa por el más estricto respeto al funcionamiento independiente de los órganos elegidos del partido comunista y de la República Socialista checoslovaca, así como por la creación de las condiciones para que no se debilite la autoridad de dichos órganos y su unidad con el pueblo” (CC del PCE, 1968).

En concordancia con esto, de ser de otro modo, no consideran posible una “auténtica normalización de la situación (...) ni la consolidación del socialismo en Checoslovaquia”.

Carta al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética del, 28 de enero de 1969, de Santiago Carrillo

En un momento histórico en el que se acababa de establecer el estado de excepción en España, el PCE escribe al CC del PCUS (Carrillo, 1969) para reiterar su “opinión desfavorable a la intervención militar” en la República checoslovaca: el PCCh se encuentra humillado, las masas alejadas del proyecto socialista, la imagen mundial del

socialismo “deformada” como también la de la Unión Soviética, y existe cierto fraccionamiento del movimiento obrero y comunista internacional.

Se alude también a la autoinmolación en Praga de Jan Palach, un estudiante que se roció con gasolina y se prendió fuego en la Plaza Wenceslao, muriendo a los tres días por la gravedad de las heridas que el fuego le había provocado. Este estudiante había dejado una carta en su mochila en la que decía que él era la “antorcha número 1”, y que otros estudiantes seguirían sus pasos si no se concedían algunas libertades al pueblo de las que reclamaba la oposición al gobierno (Reuters/EP, 2019).

Sobre este episodio, el PCE prefiere en la carta no debatir si es una actitud marxista o no, pero dice que ha de atenderse como la “señal de alarma” que es: ante la frustración de el sentimiento nacional que la invasión suscita, cabe la posibilidad de que el Partido Comunista de Checoslovaquia deje de representar al pueblo al desvincularse partido y masas en la acción. En esta hipótesis planteada, cuando se diera esta ruptura de forma completa, la acción de Palach podría repetirse, pero ya no de forma aislada, sino colectivamente, representando la desesperación de un pueblo y suponiendo un peligro todavía mayor para el movimiento comunista internacional.

El PCE considera, pues, que ha de dejarse al PCCh “plena libertad de organizar la vida socialista de su país con arreglo a su juicio, a sus realidades nacionales y a la voluntad de los comunistas y el pueblo checoslovacos”.

La consideración de las realidades locales como punto de partida desde el que ha de llevarse a cabo la política es un rasgo puramente posmoderno, como veremos, que tiene que ver a su vez con la especificidad de las realidades, con la consideración de estas especificidades como lo primordial del objeto, imposibilitando una utopía a nivel mundial. Imposibilitando, a largo plazo, cualquier progreso del Movimiento Comunista Internacional, por lo menos, desde la unidad.

Finalmente, el PCE lamenta tener que dirigirse en este tono al PCUS, al que ha considerado siempre un referente “en todo”, aun después de haber criticado la dirección y personalismo estalinista, por ser el país del “gran Lenin”, no siendo su cometido otro que “servir también a la causa de la unidad del movimiento obrero y comunista internacional y de todas las fuerzas revolucionarias y progresistas, previniendo males mayores”.

Carta de respuesta desde el PCUS (sin fecha)

En su respuesta a la carta anterior, el Comité Central del PCUS considera que, en el fondo, se plantean las mismas cuestiones que en las misivas del 22 de agosto y del 14 de noviembre de 1968, y se dice que ya se ha dado respuesta a ambas. La intervención, se dice, ya ha sido profundamente justificada (PCUS, 1968-1969).

Desde el punto de vista del PCUS, el PCE hace todas sus reclamaciones y argumenta todos sus alegatos sobre la propia inmolación de Palach. Este hecho, que es calificado por el PCUS como el “resultado de una actividad provocadora realizada por las fuerzas antisocialistas”, no es interpretado correctamente en la carta a la que responde: los españoles están olvidando la esencia de clase de los acontecimientos que están teniendo lugar en Checoslovaquia, no siendo conscientes de la presión que ejercen las fuerzas derechistas en el mismo país para “calentar de una manera artificial la situación interior en Checoslovaquia” provocando por medio del chantaje, la intimidación y otros métodos, que son sin duda las causas de las reacciones como la de Palach.

Vemos aquí como el PCUS lo que critica en realidad es la consideración del suceso de Palach como una cuestión aislada de la realidad en la que se inserta, vista desde lo interno del suceso, pero no de cómo ese suceso se relaciona con los cambios que están teniendo lugar en Checoslovaquia, ni con las presiones que fuerzas contrarias a las que el PCE ofrece su solidaridad están ejerciendo sobre el PCCh.

Precisamente a este respecto, la carta referencia también unas declaraciones de Dubček para fundamentar que el PCCh y el Gobierno de ese país son conscientes de la amenaza que las “fuerzas de derecha hostiles a la causa del socialismo”, que son las siguientes:

No debemos olvidar que existen fuerzas, tanto en el interior del país como en el extranjero, que están interesadas en agravar la situación y llevarla hasta los conflictos trágicos.

Identifica, en definitiva, las consignas del PCE en su carta, con los *slogans* que “adelantan actualmente en la RSCh las fuerzas de derecha”. El PCUS considera que lo que está haciendo en Checoslovaquia no es sino “ofrecer todo el apoyo posible, apoyo multiforme (...) en la aplicación de la política encaminada a consolidar el régimen socialista, asegurar el desarrollo económico, elevar el nivel de vida, desarrollar y perfeccionar la democracia socialista en Checoslovaquia”, y que lo que le ocurre al

análisis que hacen los españoles es que vinculan la situación en este país con la lucha antifranquista, es decir, estudian la especificidad de Checoslovaquia desde la suya propia, por desconocimiento o falta de hábito de una apreciación de la situación como inserta en un curso de lucha de clases.

En este sentido, se espera que el PCE reconsidere su opinión sobre la actuación del PCUS en relación con Checoslovaquia y que la URSS “trabajarán, de acuerdo con los Partidos hermanos, a fin de sostener las fuerzas marxistas-leninistas en Checoslovaquia que luchan por la consolidación del régimen socialista en este país, por la firme alianza con los otros países socialistas”.

Aspectos de la lucha por el socialismo

En octubre de 1969, un año después de la redacción del último documento referido, el Comité Central del PCE publica en la revista Mundo Obrero dos artículos sobre la posición que se tiene en ese momento de la situación Checoslovaca. En este apartado, analizamos el segundo artículo, que tiene por título *Aspectos de la lucha por el socialismo*, en el que se amplían los postulados del primero (Órgano del Comité Central del PCE, 1969).

La totalidad del texto está marcado por un profundo escepticismo a la actuación de la URSS en los dos años anteriores. Se insiste de nuevo en la defensa de las distintas vías al socialismo, y se contrapone esto al principio de no injerencia que el PCUS vulneró con su entrada en Checoslovaquia. Sobre la Conferencia de Moscú, se dice que esa experiencia “demostró que, cuando existen divergencias entre Partidos, lo que más dificulta al imperialismo utilizarlas en su provecho y lo que más contribuye al proceso unitario en el seno de nuestro movimiento, no es disimularlas, sino es reconocer esas divergencias, plantearlas, debatirlas de la forma más constructiva, más positiva posible”, y se afirma a continuación que esa es la intención del artículo.

Además de esta crítica, el PCE transmite de forma velada su escepticismo hacia el rol fundamental que juega el “aparato estatal” en la configuración de la política soviética, en lugar de fundamentarse en la voluntad y el trabajo político de las masas. Llama la atención la referencia en este artículo a unas palabras de Ho Chi Minh sobre el hecho de que el PC es dirigente sólo cuando está ligado a las masas.

Más allá de esto, y volviendo más concretamente sobre el tema de Checoslovaquia, el PCE tilda a la administración de Novotny, como hemos visto, más

prosoviético, de querer instaurar “deformaciones burocráticas, administrativas y represivas contra los propios comunistas” y afirma que la experiencia política que había tenido lugar de enero a agosto de 1968 en Checoslovaquia “dio al socialismo un contenido de régimen verdaderamente burocrático, popular, régimen en el que la libertad (...) puede adquirir su verdadera dimensión revolucionaria”. En ese *impasse* que fue de enero a agosto, la fuerza del socialismo había crecido en el estado tanto como el gran apoyo renovado de las masas.

En lo tocante a las justificaciones que la URSS había ofrecido sobre la necesidad de la invasión, se dice que las acusaciones a las fuerzas contrarrevolucionarias sobre el arsenal de armas se han difuminado, incluso olvidado, arrojando dudas sobre su veracidad, y se resalta que el PCUS sólo critica ya sobre ese episodio ciertos temas que tienen más que ver con la vida interna del PCCh, sus alianzas y la dirección que de la prensa hacía el mismo, que con una amenaza real de levantamiento antisocialista.

Divergiendo con parte de la doctrina marxista-leninista, el PCE afirma que, según las enseñanzas de Lenin, “el papel dirigente del Partido es plenamente compatible (...) con muy diversas formas de estructuras políticas. Tal diversidad puede incluir la existencia de diferentes partidos que cooperen en la construcción socialista sin aceptar lugar privilegiado para uno de ellos, conservando ciertas diferencias entre sí; incluso, en ciertas circunstancias, la existencia de una oposición”.

Lo que está haciendo aquí el PCE es introducir la idea de una suerte de parlamentarismo burgués que habría de funcionar en una sociedad socialista como garante de la diversidad. Esta idea había sido ya denostada por el marxismo a través del estudio de lo sucedido en la Comuna de París, episodio del cual se extrajo la necesidad de la destrucción del Estado burgués. Insertándose el PCE como un partido más en el juego democrático resultaría, con el paso de los años, en un programa político en que abogaría por una distribución *mejor* de la plusvalía, sin cambiar la estructura de la división social del trabajo, porque ellos mismos se conformarían desde los sindicatos y para los sindicatos, y representarían únicamente a la aristocracia obrera.

Por último, y volviendo sobre el texto referido, se acusa aquí claramente al PCUS de contradecir lo acordado en el XX Congreso del mismo partido, con el que el PCE dice converger por “representa(r) un gran impulso renovador de nuestro movimiento, basado en un retorno vivificador a las normas y principios revolucionarios del leninismo”.

3. DE 1971 A 1975

Intervención en la conferencia de los partidos comunistas de Europa Occidental Londres del 11 al 13 de enero de 1971

En enero de 1971 tiene lugar en Londres una Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa Occidental. En este acto se hace referencia negativa al Mercado Común, sobre el que se dice que “los grupos capitalistas más potentes piensan en dar vida a una Europa de los monopolios con el fin de contraponer la a la Unión soviética y a otros países socialistas y al mismo tiempo de consolidar sus intereses ante sus competidores, sobre todo el imperialismo norteamericano” (PCE, 1971).

Se aborda también coyunturalmente el tema de la *ortodoxia marxista* diciendo que “la concepción maniquea de que cualquier crítica a fenómenos que surgen en determinados países socialistas refleja una caída bajo la influencia de la ideología imperialista es totalmente falsa”. Se aboga por “una verdadera crítica marxista - una crítica interna, de comunistas- de las realidades del socialismo.”

Sobre las diferentes vías al socialismo, el PCE insiste en que las circunstancias políticas son distintas en cada país. Concreta que “En España (...) el eje de la política de alianzas del partido es acabar con la dictadura conquistar las libertades políticas.” Añade, sin embargo, que la democracia no sería el fin en sí mismo, sino un punto de partida para reforzar “los movimientos de masas, comisiones obreras, comisiones campesinas, movimiento estudiantil, intelectual, profesional, y poner así en marcha la lucha por la derrota del poder de los monopolios, la lucha por el socialismo”. Para esa lucha será necesaria la participación de las *fuerzas de la cultura*, compuestas por los técnicos, intelectuales y estudiantes cuya capacidad combativa, en lo teórico, es objetivamente mayor.

Estas distintas alianzas que el PCE busca llevar a cabo reforzarían el papel de vanguardia del partido de la clase obrera, y darían lugar a una formación que no sólo sería una coalición de partidos, sino también una integración de los movimientos “sindical, (...) campesinos, los estudiantes, intelectuales, profesionales, las organizaciones juveniles y femeninas”. Esta agrupación haría necesaria la adopción de formas flexibles y democráticas.

En un salto a lo desiderativo, el discurso sigue “el objetivo de este amplio movimiento político social sería la democratización radical de toda la sociedad, en lo económico, político, cultural”.

Por último, frente al tema de la unidad del Movimiento Comunista Internacional, se señala que “la experiencia de esta conferencia nos lleva sugerir (...) que sería muy inútil organizar futuros encuentros para discutir, entre los partidos de Europa occidental, los problemas relacionados con una estrategia común para la marcha al socialismo en los países capitalistas desarrollados.”

Esta renuncia a la unidad del Movimiento Comunista Internacional en la acción, en la *praxis*, y la conservación de tal institución como una etiqueta o un nombre para designar una serie de cosas que poco se parecen entre ellas, como si de un apellido se tratara, vuelve a ponernos en relación con las teorías de la diversidad, con la multiplicidad y la fragmentación a la que se alude en los textos que describen la posmodernidad.

Discurso de Dolores Ibarruri en el VI Congreso del P.O.U. polaco

A finales de año de 1971, Dolores Ibárruri, Santiago Alvarez y Ramón Mendoza, asistieron, en representación del PCE, al VI Congreso del Partido Obrero Unificado Polaco. En él intervino la primera y, tras ensalzar la lucha de los polacos para llevar al país al socialismo desde “las ingentes ruinas causadas por la invasión hitleriana”, habló de la situación de los comunistas en España (Ibarruri, 1971).

Valoró muy positivamente el viraje que la iglesia católica había hecho en este país, dentro de la cual se encontraban tendencias muy progresistas que abogaban por llevar a cabo reformas democráticas, defender los derechos humanos, posicionarse en contra de las torturas del régimen franquista y por la laicidad del Estado.

Además, afirmó que el PCE “es hoy generalmente reconocido como la fuerza política más influyente de la oposición. Por su combatividad, por su firmeza en la defensa de los intereses de los trabajadores y de todo el pueblo y por su justa política unitaria, aparece nuestro partido como un gran Partido nacional”.

“Al mismo tiempo, nuestro PC es un Partido insobornablemente fiel al marxismo leninismo y al internacionalismo proletario”.

Por último, defendió también una idea que se había venido defendiendo ampliamente (M.A., 1971) en las filas del PCE de suprimir simultáneamente la OTAN y el Tratado de Varsovia, en su lucha por la paz.

La inevitable transformación de España en un país democrático, jun 1974

Después de la portuguesa Revolución de los Claveles, y con el régimen franquista agonizando, en España iban a tener lugar ciertos cambios. Por eso, el 14 de mayo de 1974 Santiago Carrillo convocó una rueda de prensa en un restaurante popular cerca de París. A esa reunión acudieron las principales agencias periodísticas y publicaciones: EFE, Pueblo, Informaciones, ABC, Radio Nacional de España... La transcripción de parte de esa ponencia se publicó en la revista Mundo Obrero. (Editorial, 1974)

En ese delicado momento histórico, Carrillo optó por recordar el proyecto de la reconciliación nacional, que adjudicó a una intención de *sanar heridas* puesto que “de un lado y otro en la guerra habían luchado españoles y de que, además, las nuevas generaciones, los hijos de los combatientes de uno y otro lado, no hicieron la guerra”. Estos esfuerzos, sumados al hecho de que habían abandonado la lucha armada, no habían conseguido sin embargo evitar que se siguiera “persiguiendo y condenando” a los militantes y cuadros dirigentes del Partido.

En línea con esa vocación reconciliadora, continuó: “como comunistas, aspiramos naturalmente, a un régimen socialista, pero en este momento la solución para España es un régimen democrático con libertades para todos, mediante la reconciliación entre todos los españoles dispuestos a aceptar ese juego democrático”. Una de las herramientas fundamentales para ese fin era la amnistía de los presos de ambos bandos, para abandonar “todo espíritu de revancha”. “Pensamos que hace falta inaugurar un período de paz civil, lo que no significa que no habrá lucha de clases. (...) eso no quiere decir que nosotros no concibamos, en una situación democrática, la participación de [muchos de los componentes de la clase política española]. Creemos que hay una serie de personalidades que han participado en el régimen pero que por su conducta pueden ser valederas para una política democrática”.

Eso había ocurrido en Portugal: “en pocas horas y sin quebrantamientos graves” se había producido un cambio de régimen, dejando atrás al régimen de Salazar; y eso mismo se esperaba que ocurriese en España. Haciendo propias las consignas de la Junta Portuguesa, el Secretario General del PCE demandaba amnistía para ambos bandos,

libertades políticas, libertades sindicales, de expresión, de reunión, de manifestación, y consulta al pueblo para decidir la forma del régimen político español “de un modo absolutamente democrático”.

Sobre la falta de radicalidad de sus posturas, Carrillo apuntaba a que “los que hemos hecho la guerra civil y las generaciones actuales tenemos una experiencia que nos inmuniza contra toda voluntad de extremar inconsideradamente las posiciones”.

Santiago Carrillo, en un acto conmemorativo del 57 aniversario de la Revolución de Octubre

Carrillo ejercía ya, como hemos visto, de representante de un futuro partido político a insertar en un juego parlamentario como los que ya existían en muchos otros países de Europa. Por ello, se distanciaba cada vez más de la Unión Soviética, como se aprecia en algunos apuntes que hizo respecto al estado de la relación con el PCUS en un acto de conmemoración del 57 aniversario de la Revolución de Octubre.

Refiriéndose a ese episodio histórico (Editorial, 1974), el Secretario General mencionaba lo innegable de que los avances que se habían vivido en el mundo desde ese momento habían empezado con “el asalto al Palacio de Invierno; lo comenzaron los obreros y los mujiks que, bajo la dirección de los bolcheviques, se batieron a lo largo de la inmensa Rusia, contra los intervencionistas extranjeros y las fuerzas de la contrarrevolución”. Agravando esta romantización de la historia, continuaba, “por eso, los comunistas, los trabajadores, las jóvenes generaciones revolucionarias de hoy, aun siendo conscientes del cambio de los tiempos, de las nuevas condiciones históricas, de los nuevos problemas y nuevas vías, seguimos sintiéndonos los hijos espirituales de la revolución socialista mundial”.

Sobre su relación con el PCUS, se aludía a una declaración conjunta llevada a cabo unas semanas antes, en la que el Partido soviético defendía la lucha contra el imperialismo y la independencia nacional. En este sentido, se añadía que la *política de coexistencia* era la única posible en ese momento en los Estados en los que existían diferentes regímenes sociales. La declaración sentaba las nuevas bases para una relación con la Unión Soviética y con el movimiento comunista internacional en general: el respeto a la independencia, a las distintas posiciones, a las diferentes características de cada partido, ... a que esas diferencias, a fin de cuentas, no ensombrecieran lo que se tenía en común a la hora del debate o de una negociación política.

Las elecciones italianas y otros temas, 1975

“Le Nouvel Observateur”, revista parisina, publicó en junio de 1975, en su número de 23-29 del mismo mes, una entrevista a Santiago Carrillo sobre diversos temas del panorama internacional. Esta entrevista se adaptó para ser publicada posteriormente en Mundo Obrero de forma resumida (Carrillo, *Las elecciones italianas y otros temas*, 1975).

Entre los temas que trató se encuentra el éxito que habían tenido los comunistas italianos en junio en las elecciones generales. Entre estos comentarios encontramos declaraciones que distan de la radicalidad concepción marxista-leninista: “el Estado capitalista sigue siendo *el consejo de administración de la burguesía*. Pero hoy, los funcionarios de ese consejo son tan numerosos que constituyen una parte importante de la población y se hacen también sensibles a la problemática del socialismo”. Inmediatamente después, Carrillo afirma que, en tales condiciones, el PCE no apuesta por el fin del Estado capitalista (como sí había sucedido en Rusia en 1917), puesto que en ese momento desde el que habla, al socialismo puede llegarse “en la continuidad, merced a la acción conjunta de todas las fuerzas que refutan al capitalismo”. El auge de los comunistas en Italia implicaba, a su modo de ver, esta nueva posibilidad de una transición *menos violenta que en el pasado* al socialismo.

Cabe aquí citar a Rosa Luxemburgo cuando dice que

Las relaciones de producción de la sociedad capitalista se acercan cada vez más a las relaciones de producción de la sociedad socialista. Pero, por otra parte, sus relaciones jurídicas y políticas levantaron entre las sociedades capitalista y socialista un muro cada vez más alto. El muro no es derribado, sino más bien es fortalecido y consolidado por el desarrollo de las reformas sociales y el proceso democrático. Sólo el martillazo de la revolución, (es decir, la conquista del poder político por el proletariado) puede derribar este muro. (Luxemburgo, 1900, pág. 53)

Además de la convergencia con la derecha “civilizada” (la contraria al fascismo), y el proceso portugués, Carrillo se pronunció también sobre el hecho de que Dubček hubiera solicitado que, en la Conferencia de PPCC de Europa, se discutiera la cuestión de Checoslovaquia. Sobre esto, el Secretario General consideraba que era justo que Dubček ejerciera su derecho a la libertad de expresión en Praga, y añadía “por mi parte, a título

personal, puedo añadir que hombres como el camarada Dubček representan la mejor garantía para el futuro del socialismo en Checoslovaquia”.

PCI-PCE declaración conjunta, 1975

Del 9 al 11 de julio de 1975, en plena recesión económica, una delegación del PCE asistía, invitada por el CC del PCI, a un encuentro con Enrico Berlinguer, secretario general del partido italiano, y otro con Luigi Longo, presidente del PCI. Fue en Livorno, el 11 de julio, donde se llevó a cabo un mítin con el título “Libertad para España: unidad de todas las fuerzas democráticas para una Europa antifascista, progresista y pacífica”. Las informaciones sobre este encuentro llegaron a España a través de *Mundo Obrero* en forma de declaración conjunta, con el nombre *Una política de renovación democrática y socialista de la sociedad para salir de la crisis* (Declaración conjunta del PCE y el PCI, 1975).

Después de aplaudir el éxito del PCI en las elecciones, el documento define la crisis económica como un “testimonio de la incapacidad del capitalismo para hacer frente a las exigencias generales de desarrollo de la sociedad y a los problemas con que ésta se enfrenta”, y como potenciador de los contrastes entre una política capitalista y una en que se respeten las libertades y el progreso (“la necesidad de dar respuestas positivas a las exigencias de libertad, de participación y de progreso económico, social y cultural de las grandes masas populares”).

Sobre las posibles soluciones a esta crisis, se habla de reformas estructurales que garanticen el entendimiento entre las fuerzas “con las que hoy se identifica el movimiento obrero y democrático” de Europa. El capitalismo acaba con las libertades, con la justicia y con los valores de civilización, y se hace necesaria la construcción de una sociedad socialista: “la perspectiva de una sociedad socialista nace hoy de la realidad misma y se basa en la convicción de que el socialismo puede afirmarse, solamente, en nuestros países a través del desarrollo y de la plena actividad democrática”. Para ello, siguen, es necesario que se respete el valor de las libertades (“religiosas, de la libertad de expresión, de la cultura, del arte y de las ciencias”) y los derechos humanos, que no se imponga ninguna ideología de Estado, que éste se articule de forma democrática y a través del pluripartidismo parlamentario.

Vemos en estos postulados una plasmación de las ideas que Michel Foucault refleja en *Verdad y Poder*, donde la verdad es la mayor posesión y creación del poder, de

las instituciones que ostentan el poder, y que para un cambio político es necesario un cambio en lo que se concibe como verdadero, llevado a cabo bien desde las instituciones mencionadas, bien desde otras instituciones que se hagan con el poder.

Por último, en relación con el documento, en el plano económico se defiende respetar la iniciativa privada reforzando la pública, y en el internacional, por la instauración de un escenario en que se de una igualdad real entre todos los países, “empezando por los Estado Unidos y la Unión Soviética”.

Grandes alianzas antimonopolistas y pluripartidismo

En el número siguiente de la revista Mundo Obrero (el cuarto del mes de julio) se reproducen los discursos de Carrillo y Berlinguer en Livorno, que se asientan sobre las bases de la declaración expuesta anteriormente.

En ese número escribe también Jesús Izcaray (ideólogo y dirigente del PCE) un artículo sobre la cuestión del pluripartidismo (Izcaray, 1975), en que establece que, para la representación real de la sociedad en la gestión política de los países de Europa Occidental, es necesaria la existencia de un pluripartidismo “muy vario”, en lo que dure la “etapa de democracia política y social” como se denominaba desde el PCE, o “democracia avanzada” en Francia.

Una vez más, la diversidad es tratada como el valor democrático que se halla en la cúspide, y que es el prioritario frente a otros como la justicia o la verdad, porque estos términos quedan con la democracia despolitizados, vacíos de contenido, como veremos en el capítulo siguiente.

En este artículo, el fin político inmediato que se dibuja es el fin de la propiedad monopolista en esa etapa, comprometiéndose el Partido a respetar la propiedad que no tenga tal forma. La colectivización de los medios de producción se concibe como un proceso gradual que habrá de llevarse a cabo “a medida que se multipliquen las fuerzas productivas, que se consiga la abundancia de productos, la extensión de los sistemas de servicios”.

Sobre la etapa socialista, el PCE aboga también por el pluripartidismo, para que actúen “con plena libertad todas las fuerzas políticas existentes en ese período”. El aumento en el número de las personas que se interesan por los PPCC, con su *diversidad de tendencias*, no son susceptibles de ser integradas en un solo partido.

Por último, el artículo aclara:

Inmensas son las fuerzas que en Europa occidental (...) son susceptibles de actuar en común para enterrar el Poder de los monopolios. Del acierto de los comunistas para establecer acuerdos con ellas y agruparlas, de la amplitud de visión de nuestros Partidos, dependerán, en mucho, los plazos.

CAPÍTULO 4: MOVIMIENTO COMUNISTA

INTERNACIONAL Y POSMODERNIDAD

*Nosotros llamamos comunismo al movimiento real
que anula y supera el estado actual de las cosas.*

“La ideología alemana”

Karl Marx

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se defiende que la escasa influencia del PCE, y de los partidos comunistas europeos, sobre todo de los asociados en la tendencia del eurocomunismo, no nace de la caída misma del muro del Berlín, o de la Unión Soviética en sí, sino de la invasión de Checoslovaquia, que introdujo irreversiblemente la cuestión de “la diferencia” en el debate de la Europa occidental, más de lo que lo había hecho ya en 1948 el episodio de la expulsión de Yugoslavia de la Kominform, y con los acuerdos de Belgrado y Moscú de 1955 y 1956 que se mencionan a colación del documento *La posición de nuestro partido en el Movimiento Comunista Internacional*, estudiado en el capítulo anterior.

Como decimos, el nacimiento de esta nueva tendencia dentro de los Partidos Comunistas no sería en absoluto la caída del *gran hermano soviético*, sino la idea de fragmentación introducida por la Primavera de Praga como fragmentación-en-la-unidad, que tendría importantes consecuencias en el debilitamiento del MCI.

A esta cuestión llegamos después de plantearnos las teorías que Francis Fukuyama expone en *¿El Fin de la Historia? y otros ensayos*. En esta obra se dice que el devenir histórico parece estar cerca de su propio fin en cuanto a Historia, (Habermas y Lyotard hablarán del *fin del historicismo*, es decir, de concebir la historia como un curso unitario en el cual hallamos los sucesos históricos inscritos, unidos por un sentido). Esta posibilidad aparece porque, en el caso de que la democracia liberal llegue a ser capaz de satisfacer las demandas de los seres humanos de un reconocimiento universal e indiferenciado, sumado a esto el “agotamiento total de alternativas sistemáticas viables al liberalismo occidental” (Fukuyama, 1994, pág 56), la forma última de gobierno humano sería la democracia liberal misma.

Cabe, pues, en la democracia liberal, una desideologización absoluta por haber impregnado el globo la *idea occidental*, con la consecuente e inevitable expansión de la cultura consumista occidental. Y esta desideologización implica una *deshumanización* que se acerca a la figura del “último hombre” de Nietzsche, porque ya no cabe progreso alguno. El hombre ya no está dispuesto a dar la vida por ningún proyecto de emancipación porque entiende que la emancipación ya ha llegado.

POSMODERNIDAD: RECORRIDO Y DEFINICIÓN

A esta concepción, generalizada en la cultura que impera, han contribuido no sólo autores que se insertan en las corrientes liberales, sino también autores considerados marxistas como Louis Althusser, Michel Foucault, Gilles Deleuze y Félix Guattari (siendo habitualmente considerados estos dos últimos como *marxistas libertarios*). Las obras de estos autores, que recuerdan el XX Congreso del PCUS en el que se sancionó la regencia de Stalin, sobre todo en lo referente al culto a su personalidad, y donde se hacía una gran *aportación teórica* al marxismo existente, en un intento de justificación de lo que el stalinismo había sido, reflejan una desesperanza generalizada: el comunismo ha dejado de ser *el movimiento real que anula y supera el estado actual de las cosas*, y ahora ha de convertirse en otra cosa.

Un ejemplo de esto son las palabras de Foucault en su diálogo con Deleuze, recogido en *Un diálogo sobre el poder*, que versan “la teoría no expresará, no traducirá, no aplicará una práctica, es una práctica. Pero local y regional, como tú dices: no totalizadora” (Foucault, 1972, pág. 32). Vemos aquí que aparece ya una idea de fragmentación clara: las teorías que existen para la emancipación de las sociedades (incluida la sociedad de clases) deben estar construida desde el ámbito territorial más pequeño, atendiendo a las especificidades de cada lugar, desde la soledad de lo único.

Cabe recordar a este respecto el documento citado en el capítulo anterior, *La posición de nuestro partido...* cuando se refiere a la corrección de algunos de los puntos establecidos en la Declaración de 1960, y donde el PCE exige que se establezca un “criterio más real y dialéctico sobre el hecho de que la vida impone hoy no una estrategia global simplificada, sino diversas estrategias según los países (...) sin que ello llegue a afectar objetivos comunes a todo el MCI” como la defensa de la paz, y la “lucha general” contra el imperialismo.

Esta idea de fragmentación que, como veremos a continuación, impregna la mayoría de las teorías que intentan reformar el sistema político actual, es definida como *anarquía improvisadora* por Elisabeth Roudinesco (Derrida & Roudinesco, 2002). Cabe aquí mencionar las preguntas que en *Y mañana, qué...*, Roudinesco lanza a Derrida en su conversación sobre la *différance*:

¿Cómo puede pensarse la diferencia como un universal sin ceder ni al comunitarismo ni al culto narcisístico de las pequeñas diferencias? ¿Cómo escapar a la psicología de los pueblos (...) o a las teorías del “arquetipo”, que rechazan la idea misma de una universalidad posible del sujeto humano, más allá de todas sus diferencias culturales, sociales, etcétera? (Derrida & Roudinesco, 2002, pág. 30).

Ante esta interpelación, Derrida responde desde lo más subjetivo, desde la justificación de su propio posicionamiento, que se define por la necesidad momentánea de apoyar a grupos que defienden identidades comunitarias en “una alianza momentánea, prudente”.

Sobre esto, ya hemos visto en el primer capítulo una cita de Santiago Carrillo extraída por Treglia de una reunión del Comité Ejecutivo del PCE en 1972 donde éste dice que llevar el análisis ideológico hasta sus últimas consecuencias impediría al MCI mantener relaciones entre los estados que los conforman, y generaría enfrentamientos entre ellos.

Cabe recordar aquí que el marxismo entiende que toda opresión es de clase, y que se crea por y para la sociedad de clases: defender una causa sin hacer una crítica ideológica profunda de la misma, como se hizo en el PCE, por ejemplo, con la Reconciliación Nacional, implica una unidad en la fragmentación, una unión sólo de los elementos comunes, y una desunión y profunda fragmentación en todo lo que diferencia, es decir, en una unidad más *simulada* que *disimulada*, en los términos de Baudrillard que estudiaremos más adelante.

Si se entiende la Historia como el curso en que se desarrolla la lucha de clases (materialismo histórico) la aceptación de ciertas ideas que conllevan una ceguera hacia esa concepción de la Historia implica una incoherencia tal que invalida el resto del análisis histórico que ese sujeto pueda llevar a cabo desde el punto de vista de la deducción lógica.

Cabe aquí introducir las palabras de Anderson en *Tras las huellas del materialismo histórico* (1983, págs. 110-111), en las que, en una defensa del materialismo histórico, establece que “todas las otras versiones parciales (...) son derivaciones o fragmentos. Solo el marxismo ha producido un conjunto de instrumentos analíticos a la vez lo suficientemente diferenciado como para integrar las sucesivas épocas de la evolución histórica y sus estructuras socioeconómicas características en una narrativa inteligible. En este aspecto todavía no ha sido cuestionado, no ya sólo dentro de la cultura socialista, sino dentro de la no socialista en general”.

Los autores que se mencionan en este capítulo están embriagados de lo que Anderson llama las “dudas parisinas” (*Tras las huellas del materialismo histórico*, 1983, pág. 38) haciendo referencia a las declaraciones sobre Foucault en una entrevista con Bernard Henry-Levy. En esta entrevista, en el momento en que se comienzan a plantear las cuestiones relacionadas con la relación entre la Historia y la Filosofía - Foucault habrá mencionado previamente que *desde el siglo XIX, la filosofía no ha dejado de acercarse a (...) [la] pregunta: “¿Qué ocurre hoy, qué somos nosotros, acaso no somos nada más que lo que ocurre?”* (Foucault & Henry-Levy, 1977, pág. 206)- leemos, como respuesta a la pregunta “¿Desea usted la revolución? ¿Desea algo que exceda al simple deber ético de luchar, aquí y ahora (...)?” , lo siguiente:

FOUCAULT.- No tengo respuesta para eso. Pero creo que si queremos hacer una política que no sea de politicastros, debemos preocuparnos de averiguar con la máxima honradez posible si la revolución es o no deseable. Habrá que explorar esa terrible madriguera donde puede acabar la política.

El entrevistador vuelve a preguntar, en esta ocasión “Si la revolución no fuese ya deseable, ¿seguiría siendo la política tal y como usted la presenta?”.

FOUCAULT.- No, creo que no. Habría que inventar otra o algo que la sustituyera. Vivimos acaso el fin de la política. Porque si buen es verdad que la política es un campo abierto por la existencia de la revolución, y si la pregunta en torno a la revolución no puede ya plantearse en semejantes términos, entonces la política corre el riesgo de desaparecer. (Foucault & Henry-Levy, 1977, pág. 208)

Esta incoherencia, esta separación entre sujeto y objeto en lo que se refiere a la Historia y a la que da pie la posmodernidad, tiene que ver con una memoria corta que

“incluye el olvido como proceso; no se confunde con el instante, sino con el rizoma colectivo, temporal y nervioso. La memoria larga (familia, raza, sociedad o civilización) calca y traduce, pero lo que traduce continúa actuando en ella a distancia, a contratiempo, “intempestivamente”, no instantáneamente”. (Deleuze & Guattari, 1971, pág. 36) . La posmodernidad abogaría entonces por una separación del objeto de su mismo desarrollo histórico.

La Historia es, pues, para el “último hombre” o para el *hombre posmoderno* una anécdota, un cúmulo de accesorios que complementan la contemporaneidad, pero no la determinan. Esta amnesia que acabamos de probar es partícipe de este proceso: el *hombre posmoderno*, como decía Nietzsche en sus *Consideraciones inactuales* se atreve a “moverse en el jardín de la historia como en un guardarropa de vestidos de teatro” (Vattimo, 1988, pág. 5).

Con causa en estas reflexiones debemos ahora adentrarnos en el concepto de *posmodernidad*, que surge en relación con la modernidad, siendo ésta considerada un “antídoto vital para demostrar todo lo que era definitivo, general y unívoco” (Álvarez Ramos, 2016, pág. 74). Ante la interpretación de ciertos sucesos del siglo pasado, entre ellos los que hemos tratado en este trabajo, la ideología posmoderna declara caducas muchas de las aspiraciones que nacían de la modernidad, presentado tantas definiciones como autores han escrito sobre el tema.

Hallamos, sin embargo, ciertas notas comunes recogidas en algunos trabajos, como es el caso de *La posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos* de Adolfo Vásquez Rocca. Este autor, Doctor en Filosofía, estudia, entre otros, a alguno de los autores que relacionamos en este capítulo: Derrida, Deleuze, Foucault, Lyotard y Baudrillard, y concluye que las notas que unen la gran parte de las teorizaciones sobre posmodernidad incluyen: el paso de la destotalización a la obsesión epistemológica por los fragmentos; el fin de los grandes relatos y la elaboración de *petites histoires*; el crepúsculo del deber, la ética indolora y las “consignas” cosméticas; el paso de la estética del simulacro a la incautación de lo real; la plasmación de todo esto en el nivel creativo (del metarrelato a la posmodernidad estética, discurso y producción); la deconstrucción de la noción de autor; y la consideración de las obras de arte como organizaciones imaginarias del mundo. Es también en este artículo donde se nos dice que “lo posmoderno no es “lo contrario” de lo moderno, sino su rebasamiento. Es la modernidad misma que en su autocumplimiento invierte sus modalidades y efectos

culturales. El descrédito de la razón, la ciencia y la técnica no ha surgido de una “negación simple” de estas, sino de su concreción histórico-factual, de su realización” (Vásquez Rocca, 2011, pág. 2) . En este sentido, pues, “el marasmo posmoderno es el resultado de la hipertrofia de una cultura cuyo objetivo es la negación de cualquier orden estable” (Lipovetsky, 2000, pág. 83) esto es, la modernidad.

Para Lyotard, el principal fracaso del “proyecto moderno”, de la modernidad, es el de los grandes relatos, que implicaban una legitimación total de las instituciones en una estructura metafísica del transcurrir histórico, en una Historia. Para Habermas, el fin de la historia trae causa en que termina lo humano, es decir, se pierde el ideal de emancipación. Cabe tener esto en consideración ya que, siendo el PCE un partido comunista, la aspiración de la emancipación habría de dibujar en todo momento el camino a seguir, la acción diaria del partido mismo. Si esta concepción de *fin de la Historia* llega a impregnar la ideología del partido, la posibilidad de la emancipación desaparece.

El historicismo moderno será, para Nietzsche y Heidegger “metafísica en acto” en cuanto a que se despliega la fuerza de la razón como capacidad para transformar el devenir histórico (“para fundar y refundar”), y es aquí donde se encuadra el marxismo. (Vattimo, 1988, pág. 4). En contraposición, en la visión posmoderna de la Historia, que huye de esa legitimidad otorgada a sistemas *totales*, todo sucede en un discurrir de momentos rizomáticos, aislados entre sí, que comienzan y acaban en sí mismos, y que deben ser estudiados desde su especialidad, inscribiéndose en un curso pacífico y lineal -hacia el progreso, hacia la democracia liberal- del devenir histórico.

En el desarrollo de los apartados de este capítulo hacemos primero referencia al PCE y su relación con el MCI y a ciertas transformaciones de las que hemos estudiado en este trabajo, y añadimos después el desarrollo teórico que las teorías de la posmodernidad han llevado a cabo sobre estas cuestiones.

a) De la destotalización a la obsesión epistemológica por los fragmentos

En relación con el MCI y el PCE:

Si entendemos que el Movimiento Comunista Internacional hallaba en la Unión Soviética como adalid de los estados soviéticos, el hecho de que las *vías nacionales al socialismo* cobren peso no es sino una fragmentación de ese estado de totalización en el que se hallaban los estados socialistas o los PPCC. Sin entrar a juzgar las causas del desencanto de aquellos que defendieron estas vías nacionales, entendemos que el hecho

de apostar por una fragmentación, por que el MCI resistiera sólo como nombre, pero no como unidad efectiva, no hizo sino menguar la capacidad transformadora del Movimiento.

Y es que esta fragmentación no tuvo sólo que ver con la independencia de los estados como estado-nación, huyendo de las conductas imperialistas que la Unión Soviética pudo llevar a cabo respecto de Yugoslavia o Checoslovaquia: la fragmentación era, ante todo, teórica.

El leninismo había aportado al marxismo una estrategia concreta para la instauración del comunismo: huir de las reclamaciones puramente económicas y de una revolución desde y para los sindicatos a través de la lucha teórica del partido de vanguardia, y de la organización por este de la lucha para la consecución de un objetivo final. Las reclamaciones parciales, los conatos revolucionarios que nacen desde lo particular, no pueden llevar a una revolución por sí mismos si no existe un trabajo efectivo de ese partido de vanguardia.

En oposición a esto, muchos partidos comenzaron a defender, después del éxito de las *vías nacionales al socialismo*, la participación en el juego democrático (ya hemos visto el caso del PCI y el PCF como partícipes de este juego) como partidos de configuración burguesa, que representan una parte de la diversidad ideológica existente en un país y que conciben su propio éxito en función de la consecución de las reclamaciones económicas que Lenin tanto había rechazado en su actividad revolucionaria y en sus textos (véase, sobre la cuestión del economicismo, su obra de 1902, *¿Qué hacer?*): si el PCE seguía manteniendo el leninismo en su propia definición, como lo hizo hasta su IX Congreso en 1978, no podía postularse previamente como candidato a entrar en la estructura parlamentaria de corte burgués que la Transición española le ofrecía, como tampoco podían hacerlo el PCF y el PCI.

Esta ruptura teórica, que vemos plasmada en las palabras de Deleuze que citamos en este apartado (*toda defensa o ataque revolucionarios parciales se unen (...) a la lucha obrera*) niega, a fin de cuentas, la posibilidad de una cosmovisión, que comprenda el mundo desde su materialidad, pero sea capaz de apreciar y aplicar leyes generales sobre esta. Y la desaparición de esta cosmovisión conlleva, a fin de cuentas, la construcción de un sistema político dejado a la voluntad impersonal de los mercados: el progreso desaparece porque no está en manos de los hombres, porque estos no dirigen su actividad política hacia fines predeterminados.

Desarrollo del concepto:

La “condición posmoderna” será para Lyotard la emancipación de la razón y la subsiguiente libertad de la influencia que se ejerce por los “grandes relatos”, los que totalizan, los que apuestan por una homogeneización que elimine la diversidad tanto local como individual. Para este autor, pues, la fragmentación de ese estado de totalización que hace posible la liberación del individuo también le permite, despojándose de las esperanzas y las ilusiones de las ideas que buscan un *futuro utópico*, vivir de forma libre y actuar en consonancia con sus inclinaciones y gustos antes que con un sistema de ideas. La posmodernidad es entonces una edad para la cultura, para el hedonismo: es “la muerte anunciada de la idea de progreso” (Vásquez Rocca, 2011, pág. 3).

Retomando las palabras de Foucault arriba mencionadas (“la teoría (...) es una práctica. Pero local y regional, como tú dices: no totalizadora”) se hace patente que existe cierto recelo a cualquier esquema rígido de comprensión del mundo: se niega la posibilidad de una *weltanschauung* o cosmovisión que sistematice el conocimiento y que posibilite, en consecuencia, una *praxis revolucionaria* (unidad de teoría y práctica revolucionaria). Es por ello por lo que, en el mismo texto del que se extrae esa cita, hallamos también un espontaneísmo que poco tiene que ver con el marxismo:

FOUCAULT.- (...) la generalidad de la lucha no se realiza ciertamente en la forma de esa totalización de la que hablabas hace un rato, esa totalización teórica, en la forma de la “verdad”. La generalidad de la lucha la produce el sistema mismo del poder, todas las formas de ejercicio y aplicación del poder.

DELEUZE.- Y nada se puede tocar en un punto cualquiera de aplicación sin que se halle enfrentado a ese conjunto difuso, que desde entonces se ve forzosamente llevado a querer derribar, a partir de la más pequeña reivindicación por mínima que sea. Toda defensa o ataque revolucionarios parciales se unen de este modo a la lucha obrera. (Foucault, 1981, pág. 43).

b) De grandes relatos a petites histoires

En relación con el MCI y el PCE:

Ya hemos referido, en este trabajo, a las palabras que Treglia en *El PCE y el Movimiento Comunista Internacional (1969-1977)* escribe sobre la situación del PCE en 1975, donde afirma que “ni el Kremlin ni los regímenes disidentes como el rumano o el chino podían constituir referentes adecuados para el partido español, cuya voluntad de

mantener una cierta unidad con el resto del movimiento comunista fue así dejando paso a la exigencia de destacar su diversidad para fortalecer su credibilidad democrática”. Vemos como en este cambio desaparece la intención de una utopía de la unidad: lo inmediato (véase, la participación por el PCE en el pastel de la Transición y de una posible democracia futura) se antepone a lo reflexivo, a lo coherente, a las ideas que se engloban en una misma concepción del mundo como estructura de resortes que funcionan siempre ligados a otros. La “nostalgia del todo” desaparece: el PCE dejará de abogar, como hemos visto, por una revolución socialista, sustituyéndola por medio de las reclamaciones que nacen de lo inmediato.

Cabe recordar aquí el artículo de Izcaray de 1975, donde el fin político inmediato que se dibuja es el fin de la propiedad monopolista en esa etapa, comprometiéndose el Partido a respetar la propiedad que no tenga tal forma. La colectivización de los medios de producción se concibe como un proceso gradual que habrá de llevarse a cabo “a medida que se multipliquen las fuerzas productivas, que se consiga la abundancia de productos, la extensión de los sistemas de servicios”.

El discurso se fragmenta: por un lado, se pide el fin de la propiedad monopolista, por otro la colectivización de los medios de producción, y dentro de esto último se entiende que el desarrollo de las fuerzas productivas y la abundancia de productos sólo podrá llevarse a cabo desde el capitalismo. El PCE ha dejado de creer en su propio comunismo, en su capacidad de progreso, de cambio, de revolución, y ahora fracciona el marxismo-leninismo en diferentes cuestiones económicas que pueden ir resolviéndose con el paso del tiempo: donde antes sólo había un camino, una revolución a llevar a cabo, aparece una pluralidad de cuestiones, de ámbitos de discursos.

Esta fragmentación trae consigo la formulación de un discurso propio, de un relato que defenderá el PCE y que acarreará grandes contradicciones sin que exista una voluntad totalizadora de hallar o construir una verdad: la certeza será únicamente una verdad relativamente interpretada, en la medida en que esto ayude a salvar contradicciones irresolubles.

Desarrollo del concepto:

En la posmodernidad existe una multiplicidad en los juegos del lenguaje, no pudiéndose reclamar ninguno como legítimo definitivamente. El fin de la historia implica, pues, que la razón vuele en pedazos, deconstruyéndose el *cogito*.

Por otro lado, la destotalización del mundo moderno implica eliminar la nostalgia del todo, de las utopías de la unidad. Foucault habla de *episteme posmoderna* para referirse al rechazo del *cogito*, a un conjunto de procesos que va desde la deconstrucción, hasta la descentralización, pasando por la diseminación, la discontinuidad y la dispersión.

Ello conlleva que se abandonen los *grands récits*², las grandes estructuras de pensamiento con pretensiones de universalidad. En consecuencia, se pierde la credibilidad del discurso, del consenso, de la historia o del progreso en singular: aparece una pluralidad de ámbitos de discurso y narraciones.

Esos *grands récits* o metarrelatos hablan de verdades universales, últimas o absolutas y se utilizan para legitimar los proyectos políticos o científicos, dando sentido a la realidad entera. Con el paso a la posmodernidad, el hombre posmoderno no dirige la totalidad de su vida conforme a un solo relato, sino que crea microrrelato o un relato propio en la medida en que estas narrativas sólo pretenden dar sentido a partes delimitadas de la realidad o la existencia. Estos relatos pueden ser contradictorios, porque tratan la vida como un conjunto de fragmentos independientes no existiendo sentimiento de contradicción interna.

Lo que sigue a esta lógica es que, si no hay metarrelatos, tampoco hay utopías. La única utopía que cabe es la huida, del mundo, de la vida propia, de las responsabilidades y circunstancias que se asocian con la estabilidad, y de la sociedad, para conformar un espacio utópico desde y para la intimidad.

Desde esta visión posmoderna de la Historia, la hermenéutica, que es la ciencia de la posmodernidad, provoca que el texto se independice del autor, hasta tal punto que el autor puede ser obviado: si el que escribe puede ser separado de su momento histórico, es porque éste se transforma en una coyuntura carente de significado y, en consecuencia, con poca o ninguna influencia sobre el texto. La certeza a la hora de interpretar los textos, las teorías, es sólo una verdad relativamente interpretada, ergo, incierta, y aparecen como elementos obligados la tolerancia y la diversidad en una suerte de *nihilismo débil* “alejado de la acritud existencial” (Vásquez Rocca, 2011, pág. 6).

² Los metarrelatos no son mitos en tanto a fábulas, sino que su fin es legitimar las instituciones sociales, políticas, legislativas o éticas (si pierden el metarrelato, pierden la legitimidad)

c) *El crepúsculo del deber, la ética indolora y las “consignas” cosméticas*

En relación con el MCI y el PCE:

Con el episodio de la muerte de Jan Palach, vemos de qué forma el PCE, más allá de realizar un análisis de la cuestión, investigar los orígenes de las reclamaciones del estudiante, atender a las cuestiones ideológicas que se hallan detrás de este suceso, el partido observa esta situación como un episodio trágico, únicamente. No circunscribe este suceso al curso de la Historia, sino a la situación particular del Checoslovaquia en ese momento dado y que exige, más que una consideración de la cuestión a largo plazo, una resolución inmediata, sucumbiendo a la amenaza. Esta percepción inmediateista del problema y de su posible resolución tiene sin duda que ver con una relajación del aparato teórico del Partido, como hemos mencionado en el capítulo de contextualización histórica: el trabajo del intelectual en el partido, pobremente considerado en la práctica (Andrade Blanco, 2015), es impregnado por una ética permisiva y, en consecuencia, encaminado a la justificación de la actividad del mismo partido más que a la crítica (*negación de la negación*).

Por otro lado, esta separación de la actividad de la Unión Soviética y, de nuevo, la teoría de las *vías nacionales al socialismo* refuerza la idea de la no-directividad, de la dispersión, de los fragmentos, y conlleva una desaparición de la jerarquía de los valores. Si no existe tal jerarquía, no existe su cúspide: no existen lo supremo, ni los ídolos, ni los tabúes. La Unión Soviética en este momento no puede ocupar el sillón referencial del Movimiento Comunista Internacional porque tal sillón ha dejado de existir.

Desarrollo del concepto:

El deseo de una utopía desde y para lo íntimo explica que en la posmodernidad exista un individualismo extremo que se enmarcaría en un proceso de despersonalización, y que estaría vinculado con una nueva ética permisiva y hedonista en la que la debilidad de la voluntad sea una constante. Con la pérdida de la fuerza de la voluntad se pierde entonces el centro de gravedad que determine la acción humana. Se pierde, a fin de cuentas, la determinación como rasgo de la actividad humana.

La defensa de las asociaciones libres, de la creatividad llevada a cabo de la forma espontánea más pura, la no-directividad como cúspide en la cultura de la expresión, junto con la ideología del bienestar o del hedonismo fomentan la dispersión frente a la concentración, lo temporal frente a la voluntad. Todo esto lleva a un desmenuzamiento

del yo y, en consecuencia, del otro y de la imagen del otro: desaparecen los ídolos, y con ellos los tabúes.

Cabe aquí introducir, respecto a los ídolos y los tabúes, el concepto de *pietas* que propone Vattimo, concibiéndolo “como atención devota por aquello que, sin embargo, tiene sólo un valor limitado y que amerita atención porque este valor, aunque limitado, es el único que conocemos: *pietas* es el amor por lo viviente y sus huellas - aquellas que deja y aquellas que lleva en cuanto que las recibe del pasado-” (Vattimo, 1988, pág. 4).

d) De la estética del simulacro a la incautación de lo real

En relación con el MCI y el PCE:

El eurocomunismo nace como apelación a las peculiaridades y diferencias que los países occidentales sufren respecto de la Unión Soviética, para separarse de su hegemonía. Si tenemos en cuenta las diferencias históricas que existían, sobre todo, entre Francia, España e Italia, con niveles de desarrollo económico, social y cultural diferentes entre ellos, vemos de qué forma esta unidad no era más que una forma de señalar su diferencia. De crear una marca (“eurocomunismo”) que agrupara a todos aquellos partidos que trabajaban únicamente desde y para la especificidad de su país. La unidad bajo esta marca creaba una nueva realidad desde la imagen: se simulaba que había una tendencia eurocomunista cohesionada, cuando esta misma tendencia no era más que una expresión de la diferencia de cada uno de sus componentes. El concepto de “eurocomunismo” remitía, pues, a una ausencia. A la ausencia de unidad.

Por otro lado, volviendo sobre el artículo de Izcaray, hemos visto como las justificaciones que el PCE esgrimía para el abandono de la vía revolucionaria tenían que ver con el aumento en el número de las personas que se interesaban por los PPCC, con su *diversidad de tendencias*. Por ello, ante la imposibilidad de ser integradas en un mismo partido, el PCE abogaba por la multiplicidad de estos como mejor sistema: por otorgar valor a las diferencias en lugar de establecer una lucha ideológica encaminada a la unidad. Todo esto se enmarcaba, pues, en una reivindicación de lo plural, de la especificidad de cada PC, igual que ocurrió como hemos visto con el concepto de *vías nacionales al socialismo*. Bajo este título, o esta práctica, se integraba la diversidad en una unidad-en-la-imagen.

Finalmente, antes de adentrarnos en el análisis de los conceptos, vemos cómo el PCE, a través de estas transformaciones, allanaba su camino hacia la democracia

española: este giro implicaría, una vez se instaurase la democracia, la voluntad de sobrevivir por la mera supervivencia, el encumbramiento de la supervivencia (*la devoción que se dirige a la vida-muerte*) del propio partido como actividad política en sí.

Desarrollo del concepto:

En la posmodernidad hay un desplazamiento de lo real a la imagen de lo real. Se asumen las bases de la *sociedad del espectáculo* (Debord, 1967) : el “ser” ya no cuenta, importa el “parecer”. La diferencia entre disimular y simular establecida por Baudrillard³ implica que lo real existe por voluntad del signo, mientras que el referente existe porque hay un signo que lo indica. Autores como Deleuze y Guattari defenderán que esta simulación es, en realidad, creación, cuando establezcan que en el rizoma “no hay imitación ni semejanza, sino surgimiento, a partir de dos series heterogéneas, de una línea de fuga compuesta de un rizoma común que ya no puede ser atribuido ni sometido a un significante alguno” (Deleuze & Guattari, 1971, pág. 24)

La deconstrucción de lo que la realidad es viene, a fin de cuentas, dada por el nihilismo y el escepticismo, reivindicándose lo plural y lo particular. La relación del hombre con las cosas está cada vez más mediatizada, lo que implica la desmaterialización de la realidad. La complejidad del momento posmoderno viene dada por el propio movimiento de repliegue sobre sí mismo. De nuevo, cabe referirse a *Rizoma (introducción)* en que se defiende como principio para la creación que nada debe poder conectarse con otra cosa, y para ello se ha de “comenzar fijando los límites de una primera línea según círculos de convergencia alrededor de singularidades sucesivas; luego ver si en el interior de esa línea se establecen nuevos círculos de convergencia con nuevos puntos situados fuera de los límites y en otras direcciones” (Deleuze & Guattari, 1971, pág. 26) .

Cabe poner todo esto en relación con la filosofía del nominalismo, sobre la que Marx y Engels establecieron que “se encuentra como un elemento principal en los materialistas ingleses y es, en general, la primera expresión del materialismo” (Engels & Marx, 1844, pág. 145). El nominalismo establecía que lo universal existe únicamente como nombre, pero que no se halla en las cosas, que son, por naturaleza, completamente

³ Disimular implica fingir que no se tiene lo que se tiene efectivamente, se intenta pasar desapercibido. En contraposición a esto, simular implica aparentar se quien no se es, o tener lo que no se tiene. Por medio del disimulo se intenta crear la imagen de una realidad que no existe sin cambiar la realidad, que simplemente se oculta. Por medio de la simulación, se muestra como verdadero algo que no lo es, remitiendo la verdad a una ausencia: se disocian el ser y el parecer. (Baudrillard, 1997)

únicas y diferentes entre sí: la realidad es pues una multiplicidad de singularidades, y la generalidad existe sólo como abstracción en la mente y en la plasmación del pensamiento en el habla del observador. Si esto es interesante es porque Louis Althusser, que tenía estrecha relación con el PCF por ser su militante, terminó su recorrido ideológico adscribiéndose a esta corriente. Sin embargo, Althusser no tenía en cuenta que el marxismo hallaba el valor del nominalismo única y exclusivamente como precedente, por existir manifestaciones del materialismo más avanzadas como serían el materialismo mecanicista francés del siglo XVIII, y, sobre todo, el materialismo dialéctico.

Lo que llevó al filósofo francés a la adscripción a esta filosofía fue la búsqueda de argumentos para la defensa del materialismo, hecho que él mismo reconoce en *Elementos de autocrítica* (Althusser, 1975). Concebía la ciencia como aislada de la práctica, que tenía sus propios problemas “de ciencia” que dentro de ella debían resolverse. Esta separación de teoría y práctica que, recordemos, también apoyaban Foucault y Deleuze, la hallamos en *Para leer El Capital*:

(...) no salimos jamás de la abstracción, es decir, del conocimiento, de 'los productos del pensamiento y del concebir': no salimos jamás del concepto. (...) no franqueamos jamás, en ningún instante, la frontera absolutamente infranqueable que separa el 'desarrollo' o especificación del concepto del desarrollo y de la particularidad de las cosas; (...) esta frontera es por derecho infranqueable porque no es la frontera de nada, porque no puede ser una frontera, porque no existe espacio homogéneo común (espíritu o real) entre lo abstracto del concepto de una cosa y lo concreto empírico de esta cosa que pueda autorizar el uso del concepto de frontera (Althusser, L. & Balibar, 1978, pág. 205).

Ante esto cabe afirmar que mencionar que el marxismo entendido única y exclusivamente como teoría del conocimiento, como es evidente, cercena toda su capacidad de cambio. Además, sin el prisma de una cosmovisión, el espacio histórico informe del que han caído los ejes de coordinación que ayudan a establecer un sentido es el caldo en el que se disuelven los discursos de legitimación: se crean nuevos relatos y se adoptan prácticas que incluyan a las minorías e integren la diversidad, por paralelos o antagónicos que sean sus puntos de vista. La Historia, pues, es *usada*, siendo accesible siempre el pasado más allá de toda lógica lineal, de todo *pensamiento arborescente*, en palabras de Deleuze.

Retomamos para finalizar el concepto de *pietas* de Vattimo, entendida por él como “devoción o respeto que se dirige a la vida-muerte, al viviente como productor de monumentos” (Vattimo, 1988, pág. 5).

e) *Del metarrelato a la posmodernidad estética, discurso y producción*

En relación con el MCI y el PCE:

Cabe tener en cuenta que, en el marco cronológico en el que se enmarcan los sucesos que aquí se tratan, muchas transformaciones estaban teniendo lugar en los procesos productivos, así como en los grandes discursos que decían ser verdaderos: es decir, las transformaciones del Movimiento Comunista Internacional existen en el marco de un sistema global en el que el Pacto de Varsovia comienza a perder credibilidad después de que se admitieran las purgas de Stalin y se perpetrara la invasión de Checoslovaquia.

En particular, en el caso del PCE, las condiciones no estaban dadas para instaurar, después del franquismo, una dictadura del proletariado, y el control de los medios de producción residía en las manos de los grandes monopolistas que sus políticas pretendían debilitar. No es de extrañas, ante esta coyuntura, que en junio de 1974 Carrillo convocara a estos grandes medios (EFE, Pueblo, Informaciones, ABC, Radio Nacional de España... , como hemos mencionado en el capítulo anterior) para incidir en la opinión que ellos podían tener del Partido, y, en consecuencia, transmitirían a sus lectores, o espectadores.

Desarrollo del concepto:

El paso de la modernidad a la posmodernidad como sistema cultural del capitalismo avanzado no se explican por el azar o por una evolución con única causa en el agotamiento cultural de la modernidad: es síntoma de cambios estructurales más profundos que tienen que ver con las transformaciones de los procesos productivos que han llevado a cabo las nuevas tecnologías, y la constitución de una realidad por los medios de comunicación, que aparece como realidad única e innegable.

A este respecto, Foucault dirá en *Verdad y poder* que

No se trata de liberar a la verdad de todo sistema de poder -sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder-, sino desligar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento.

La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o ideología; es la verdad misma (Foucault, 1977, pág. 189).

f) *Deconstrucción de la noción de autor*

En relación con el MCI y el PCE:

Las incoherencias a las que hemos atendido entre las tesis de Lenin y la actividad política del PCE, mientras seguía este último declarándose “hijo espiritual” del primero no pueden enmarcarse en un contexto de vaciado del significado del término “autor”, si entendemos a Lenin como el autor de las teorías fundantes del leninismo dentro del marxismo. El PCE, dirá “seguimos sintiéndonos hijos espirituales de la revolución socialista mundial”, pero antes habrá dicho “aun siendo conscientes del cambio de los tiempos, de las nuevas condiciones históricas, de los nuevos problemas y nuevas vías”. Es decir, seguimos la estela de la revolución socialista, pero, atendiendo a lo que la contemporaneidad exige debemos ser reformistas y no rupturistas: encumbraremos a Lenin, pero sólo como anécdota histórica, porque la revolución proletaria no es deseable en nuestra *vía particular al socialismo*.

Lenin, como revolucionario que llevó a cabo las consignas que sus mismos textos defendían, desaparece de su propia obra a ojos de parte del MCI: la obra de Lenin se puede interpretar desde lo particular. No se hace necesaria una concepción global, estructural, que impida la aceptación de una premisa sin que la anterior sea también aceptada.

Ante esta hermenéutica reinante, cualquier perspectiva puede ser válida. Cualquier interpretación que se haga de una obra, no atendiendo al autor como sujeto histórico, es válida: de nuevo, no hay una verdad que pueda ser reclamada como *más verdadera* que otras, negando la posibilidad de una praxis revolucionaria.

Desarrollo del concepto:

El hecho antes comentado de que los textos puedan ser estudiados sin contextualizar al autor, considerándolo desde la coyuntura histórica y no desde una Historia única, generan que el texto se independice del autor tanto que éste pueda llegar a ser obviado. Cada lectura implica, pues, una reelaboración: una reinterpretación del lector. La realidad, como hemos dicho, deviene verdad interpretada o verdad hermenéutica. Dice Foucault en *Verdad y poder*, inmediatamente antes de la cita del apartado anterior, que

El problema político esencial para el intelectual no es criticar los contenidos ideológicos que estarían ligados a la ciencia o hacer lo preciso para que la práctica científica esté acompañada por una ideología justa. Sino saber si es posible constituir una nueva política de la verdad. El problema no es cambiar la “conciencia” de la gente o lo que tiene en la cabeza, sino el régimen político, económico e institucional de producción de la verdad (Michel Foucault, 1977, pág. 188).

Vemos aquí cómo, ante la problemática de las cuestiones ideológicas, de los debates políticos, Foucault apuesta por una nueva reformulación de la *verdad*: verdad no es lo que, desde el poder, se presenta como tal, sino que debe emanar (a través de medios desconocidos) de las mismas instituciones legitimadas por la misma *verdad* que ellas definen, para reflejar “el conjunto de reglas según las cuales se distingue lo verdadero de lo falso y se aplica a lo verdadero efectos específicos de poder” (Michel Foucault, 1977, pág. 184).

Esta voluntad de construcción de la verdad, que choca en cierto modo con la aspiración de mediatizar la revolución socialista inaugurando previamente un nuevo régimen de “producción de la verdad”, tiene que ver con la concepción que el mismo Foucault tiene del *autor*, que es para él “una producción cultural que mediante la experiencia de una subjetividad replegada sobre sí –fragmentada– da lugar al yo individual, a la personalidad que difumina la conciencia de pertenecer a un colectivo. Así, la pérdida de la experiencia colectiva modifica la noción misma de relato y con ello el sentido colectivo de la escritura, esto es, como memoria e inconsciente que se escribe” (Vásquez Rocca, 2011, pág. 12) .

Es decir, para huir de la supuesta fragmentación, de una subjetividad “replegada sobre sí” que se refleja en la obra de un autor, se procede a abolir al autor como forma de institucionalización de la escritura, considerándose su discurso únicamente coherente como forma de ejercer el poder del intelectual. El autor muere, para eliminar la referencia a un sujeto que origina el texto y que conoce su verdad, porque él mismo no es más que el deudor de las citas de la cultura que han sido los ingredientes para su obra.

En este análisis es fácilmente deducible que, lo que preexiste en relación con la obra, no es el trabajo del intelectual, sino directamente la proliferación de perspectivas sobre la misma: no importa lo que Lenin, Marx o Engels quisieran decir en sus obras, importa que se pueden interpretar para ser insertadas en un microrrelato o relato propio.

Cabe aquí citar a Althusser cuando habla de la creación de la “ciencia marxista”. Para este autor, el aislamiento de la teoría (denotado ya por el uso de la palabra *ciencia*) tiene que ver con la aparición de la ciencia como elemento autosuficiente, y que se necesita sólo a sí para su desarrollo, teniendo en cuenta la crítica y ampliando con ella su propio aparato conceptual, obviando toda relación sustancial con un contexto histórico o social que la genera o la propicia. Esto se resume en su obra *La revolución teórica de Marx* cuando dice, sobre el legado de este autor que “lo que Marx nos ha dado de más precioso en el mundo: la posibilidad de un conocimiento científico” (Althusser, Louis, 1967, pág. 201).

Cabe en este punto retomar la cita del mismo autor referida en el apartado “De la estética del simulacro a la incautación de lo real”, en la que dice que *no salimos jamás de la abstracción, es decir, del conocimiento, de 'los productos del pensamiento y del concebir': no salimos jamás del concepto*. En esta separación radical, de raíz, entre la conciencia abstracta y lo real concreto, se insiste en la idea de que una ciencia que se aísla y se ensimisma en sus propios problemas puede ser también absolutamente progresista. El sujeto, no pudiendo franquear esa frontera althusseriana que existe entre la teoría y la práctica, queda fuera de la Historia. El sujeto se desarrolla fuera de la Historia, en un proceso paralelo, pero sin posibilidad alguna de transformarla. Y en consecuencia niega la *praxis revolucionaria* propia del marxismo, es decir, la fusión en una unidad orgánica de la teoría y la práctica encaminada a la transformación *consciente* del mundo.

Esta cuestión ya había sido atajada por Marx y Engels cuando establecían que

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior -incluido el de Feuerbach- es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. (...) Feuerbach quiere objetos sensibles, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la actividad humana como una actividad objetiva. (...) Por tanto, no comprende la importancia de la actividad 'revolucionaria' práctico-crítica (Engels & Marx, 1879, pág. 404).

g) *Las obras de arte como organizaciones imaginarias del mundo*

En relación con el MCI y el PCE:

En la Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa Occidental en 1971, referida en el capítulo segundo, vemos que, sobre el Mercado Común, se dice que “los

grupos capitalistas más potentes piensan en dar vida a una Europa de los monopolios con el fin de contraponer la a la Unión Soviética y a otros países socialistas y al mismo tiempo de consolidar sus intereses ante sus competidores, sobre todo el imperialismo norteamericano”.

Esta negativa se había explicitado en 1965 por parte de Santiago Carrillo cuando dijo, como hemos visto ya, que “cierto que en una serie de países europeos donde el capital monopolista tiene el poder existen libertades políticas de tipo democrático. Pero [...]la tendencia objetiva del capital monopolista es a reducir y vaciar de sustancia esas libertades; a establecer regímenes autoritarios; en una palabra, a liquidar la democracia política”.

Sin embargo, vemos cómo a medida que se comienza a vislumbrar un posible juego democrático en el que el PCE podría participar, como hacían ya el PCF y el PCI, se cambia el discurso sobre Europa: ahora se considera que el Mercado Común podría ser influido por las fuerzas políticas de “carácter socialista y democrático” que podrían presionar para un desarrollo de la integración europea más *a su manera*.

En esta evolución vemos, ante todo, que lo ideológico ha desaparecido del primer plano. El Mercado Común, es decir, aquella forma europea en la que *la tendencia objetiva del capital monopolista a reducir y vaciar de sustancia las libertades y la democracia*, ahora puede resultar positiva en aras de una integración que esté a medio camino entre el capitalismo y el socialismo. Este discurso, en el momento de derrumbamiento de la fuerza del Pacto de Varsovia, no podía dejar de ser beneficioso para el PCE y, a fin de cuentas, para la integración de España en Europa. El contexto dictaba la consistencia interna de esta medida: a pesar de la contradicción que existiera, era creíble para los futuros votantes del PCE.

Desarrollo del concepto:

Gran parte de los teóricos de la posmodernidad centran sus esfuerzos en el análisis de obras del arte o de la Historia del arte. Es por ello por lo que el título de este último apartado tiene que ver con una cuestión algo alejada de nuestro trabajo. Sin embargo, en el desarrollo que Vásquez Rocca hace de esta cuestión en su trabajo, ya mencionado, seguimos hallando cuestiones que son de gran interés para nuestro análisis.

Sobre los metarrelatos, o los *grands récits*, este autor establece que son, como ya hemos visto “grandes narraciones con pretensiones justificadoras o explicativas de ciertas

instituciones o creencias compartidas”. Por otro lado, los microrrelatos (que pudieran ser no sólo fragmentos de la concepción global de la vida de un ser humano, sino también obras de arte) no pretenden hablar de la verdad, sino que su propia consistencia interna tiene que ver con su verosimilitud: con la “capacidad del texto para hacerse creíble dentro de su contexto y del mundo que ha creado” (Vásquez Rocca, 2011, pág. 14) .

Teniendo en cuenta que el saber posmoderno se construye desde la heterogeneidad y la dispersión de los lenguajes, esto es una plasmación de la cultura democrática e individualista: predominará lo individual, lo psicológico por medio de la desaparición de lo ideológico, la multiplicidad sobre lo homogéneo....

CONSIDERACIONES FINALES

Será Althusser, militante del PCF con gran influencia en el MCI de los años sesenta, quien escriba que (...) *coyuntura significa conjunción, es decir, encuentro aleatorio de elementos en parte existentes, pero también imprevisibles. Toda coyuntura es un caso singular, como todas las individualidades históricas, como todo lo que existe* (Althusser, 1975, pág. 36) y que *una verdadera concepción materialista de la historia implica el abandono de la idea de que la historia está regida y dominada por leyes que basta conocer y respetar para triunfar sobre la anti-Historia* (Althusser, 1975, pág. 22).

Esta consideración de la Historia, la disolución de los esquemas que rigen el devenir histórico, llevará a la apuesta de los PPCC de Europa Occidental por la consolidación económica de sus respectivos estados en una fase de “democracia avanzada”, negando así la revolución, por lo menos en el corto plazo, y quedando el marxismo reducido a una ciencia, un método de análisis, desprovisto de todo potencial transformador. Sobre esta negación de la revolución, hemos visto ya las palabras de Foucault en el apartado en el que hacemos un recorrido por las definiciones de la *posmodernidad*.

Sobre la “democracia avanzada”, había sido precisamente la constitución de la Comuna de París en 1871 el suceso que permitió a Marx definir la dictadura del proletariado, también como forma de romper con el aparato burocrático y militar de los estados burgueses. Y la obra de Marx no consideraba que la ciencia debiera ser apartada del resto de esferas de la sociedad, he ahí la *praxis revolucionaria*. La ruptura, la destrucción de las infraestructuras de un estado burgués, considera el marxismo, no es algo que pueda llevarse a cabo de forma gradual y por medio de un reparto más igualitario

de la riqueza generada por el sistema de producción capitalista: ninguna ley objetiva asegura que se pueda dar un paso natural desde el capitalismo al comunismo si no existe un Partido que actúe desde la subjetividad consciente; las leyes se crean *durante* la actuación del sujeto a partir de la lucha de clases, y no mientras el Partido pide la desaparición de la propiedad monopolística dentro de las mismas instituciones que critica.

A este respecto, escribe Anderson en *Consideraciones sobre el marxismo occidental* que Adorno y Althusser, entre otros, “suprimen todo el problema material de la unidad entre teoría y práctica como vínculo dinámico entre el marxismo y la lucha revolucionaria de masas” pudiendo ser considerado esto como “un lema general del marxismo occidental en la época posterior a la segunda guerra mundial” (Anderson, 1976, pág. 92). Añade el autor que “cada sistema particular de esta tradición ha recibido la impronta de una *pluralidad* de determinaciones, derivadas de los diferentes horizontes y niveles de las estructuras sociales e ideológicas de su tiempo y del pasado, lo cual ha producido una gran heterogeneidad de teorías” (Anderson, 1976, pág. 93).

Por otro lado, Althusser declaró que, siendo militante del PCF, consideraba que todavía en el comunismo seguiría existiendo cierta opacidad, una falta de transparencia creada por el *poder* que serviría para engañar a los individuos que vivieran en él “con la perpetua ilusión de su libertad como sujetos” (Anderson, 1976, pág. 111).

CAPÍTULO 5: CONCLUSIONES

En palabras de Lipovetsky el posmodernismo, a pesar de un concepto de difícil definición, aunque implica la “consagración generalizada de lo Nuevo, el triunfo de la anti-moral” (Lipovetsky, 2000, pág. 105). El fin de la historia, como vemos, no elimina los ídolos, los sistemas de ideas, las ideologías, sino que los sustituye, poniendo en su lugar ídolos inertes: la consagración de lo Nuevo no es la consagración de un nuevo camino hacia el progreso, sino que se agota en sí misma.

Como hemos visto en este trabajo, la actividad del PCE y del MCI, y su discurso irán impregnándose a lo largo de los años de esta *plasmación cultural del capitalismo avanzado*, pretendiendo avanzar hacia un sistema socialista, pero siendo víctimas de los mismos resortes ideológicos que refuerzan el sistema que existe en España desde la Transición, pero que ya se dibujaba desde 1975, con la muerte del dictador Francisco Franco, y su sucesión por Juan Carlos de Borbón. También en el panorama internacional como sistema reinante, desde el final de la Guerra Fría.

En la práctica, la deriva conservadora, reformista, que, como hemos visto, tomaron los PPCC occidentales y, en particular, los que formaron parte del llamado *eurocomunismo*: la posmodernidad, como *modernidad en su plena realización*, o como plasmación cultural del capitalismo avanzado había calado al PCE antes, incluso, de que se convirtiera en un partido del parlamentarismo español. Su carácter de partido revolucionario, que, cuando se realizaron las primeras elecciones en España después de la transición, en 1977, tanto atemorizaba a las fuerzas conservadoras del país, tenía más bien poco de revolucionario. Entendiendo la realidad como una fragmentación, y la Historia como una serie de sucesos coyunturales que deben ser estudiados desde su especificidad, se había abandonado el ideal emancipador y, en consecuencia, la voluntad y la capacidad de transformación.

Por otro lado, a pesar de que la Primavera de Praga no fue el primer episodio en introducir la cuestión de las *vías nacionales al socialismo*, sí fue motivo para que la imagen del PCUS se viera dañada ante las críticas por las políticas *imperialistas* que estaba llevando a cabo en Checoslovaquia. Esto no sólo ocurrió en un escenario internacional profundamente marcado por la Guerra Fría, así como una efectiva propaganda antisoviética en todos los países de la OTAN. La invasión de Checoslovaquia como suceso histórico estaba profundamente marcado por una cultura que no era ajena a

los años de bonanza que se vivieron en los sesenta en EE. UU., ni a las libertades individuales que existían en los países de su entorno. Los esfuerzos realizados por el PCE en sus iniciativas de Reconciliación Nacional y Pacto por la Libertad son fruto de estas contradicciones.

Esta suerte de desactivación ideológica, que hemos visto reflejada en la falta de profundidad ideológica de las críticas que el PCE hacía al PCUS, así como en la creciente despolitización (creciente electoralismo) de los discursos del PCI y PCF, se plasmó también en los textos más filosóficos de la época: si bien es cierto que las obras de Althusser, Foucault, Deleuze y Guattari, Derrida y Roudinesco, el propio Francis Fukuyama, Lyotard y Lipovetsky citadas en este trabajo fueron también productos del momento cumbre en el proceso de desintegración del MCI, y que es, en cierto modo, comprensible que sus teorías fueran fruto de una decepción, de un proyecto de emancipación que, consideraban, había perdido toda su capacidad revolucionaria tras los acontecimientos de mediados y segunda mitad del siglo pasado, cabe, como defendemos en este trabajo, entender a los mismos autores como puntos de una misma Historia conectados entre sí, como sujetos que fueron producto de la propia Historia, que tenían que *hacerse conscientes*.

Dando por perdida, tanto autores como partidos, la lucha por la emancipación de la Humanidad, y en relación con las palabras de Foucault en *Verdad y poder* mencionadas en este trabajo, estos actores, por medio de la búsqueda de la especificidad, negando las leyes generales, mutilaban la teoría revolucionaria. Sólo quedaba ejercer la política en una plaza que, de base, les era ajena: un parlamento burgués. Esta era la única *vía*, por lo menos en lo inmediato. Ya no tenía sentido seguir enarbolando abiertamente, impudicamente, la bandera del leninismo, porque la revolución no era deseable. Tampoco la bandera del marxismo de la Comuna de París.

Sin embargo, el marxismo como ciencia, el marxismo de la academia que consagraba su fe a *los problemas de la ciencia* que tanta repercusión tuvo ya no sólo en el estructuralismo y en el post-estructuralismo, sino también en las teorías críticas de Relaciones Internacionales, quedaba absuelto. Siempre y cuando, claro está, no se llevase hasta sus últimas consecuencias, esto es, a la práctica.

Si consideramos que puede haber un *mañana* la Historia no debe ser negada, entendida como un concepto rizomático que se agota en sí mismo, desconectándola del futuro:

Una vez que descubrimos que todos los sistemas de valores no son otra cosa que producciones demasiado humanas, ¿qué nos queda por hacer? ¿las liquidamos como mentiras y errores? No, las conservamos con mayor cuidado porque son todo de lo que disponemos en el mundo, son la única densidad, espesor, riqueza de nuestra experiencia, son el único “ser” (Vattimo, 1988, pág. 5).

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Extraídas del Archivo Histórico del PCE. Se han consultado los documentos de entre 1965 y 1978 de las siguientes colecciones:

- Documentos PCE
- Relaciones Internacionales
- Publicaciones: Mundo Obrero y Nuestra Bandera

TRABAJOS CITADOS

Órgano del Comité Central del PCE. (22 de octubre de 1969). “Aspectos de la lucha por el socialismo”. *Mundo Obrero* (18), 7.

Carrillo, S. (1969). Carta al CC del PCUS. Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales .

Carrillo, S. (Junio de 1975). “Las elecciones italianas y otros temas”. *Mundo Obrero*, Entrevista

Carrillo, S., & Ibárruri, D. (agosto de 1968). Al buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética. Correspondencia. Archivo Histórico del PCE, Documentos Oficiales.

CC del PCE. (octubre de 1968). Sobre nuestra apreciación de la situación en Checoslovaquia. Correspondencia. Archivo Histórico del PCE, Documentos Oficiales.

Comité Central del PCE. (Noviembre de 1967). “La posición de nuestro partido ante los problemas del Movimiento Comunista Internacional”. Acta, Archivo Histórico del PCE, Documentos Oficiales, Madrid.

Comité Ejecutivo del PCE. (1968). “Al buró político del Partido Comunista de la Unión Soviética”. Carta, Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales, Jacq. 324, Madrid.

Declaración conjunta del PCE y el PCI. (Julio de 1975). “Una política de renovación democrática y socialista de la sociedad para salir de la crisis”. *Mundo Obrero*.

- Editorial. (4 de Junio de 1974). “La inevitable transformación de España en un país democrático”. *Mundo Obrero* (11), 1-3.
- Editorial. (26 de Noviembre de 1974). “Santiago Carrillo, en un acto conmemorativo del 57 aniversario de la Revolución de Octubre”. *Mundo Obrero*(21), 4-5.
- Ibárruri, D. (24 de Diciembre de 1971). “Discurso de Dolores Ibárruri en el VI Congreso del P.O.U. Polaco”. *Mundo Obrero*(24), 8.
- Izcaray, J. (4ª semana de julio de 1975). “Grandes alianzas antimonopolistas y pluripartidismo”. *Mundo Obrero*(24), 8.
- M.A. (12 de Noviembre de 1971). “Europa y la paz”. *Mundo Obrero*(21), 7.
- P.A. (26 de Noviembre de 1974). “Junto a los trabajadores franceses en la huelga del 19 de noviembre”. *Mundo Obrero*(21).
- PCE. (1968). “Entrevista con los camaradas soviéticos del dos de septiembre”. Acta, Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales, Jacq. 325, Madrid.
- PCE. (13 de enero de 1971). Conferencia de los Partidos Comunistas de Europa Occidental. Intervención. Londres. Archivo Histórico del PCE, Documentos PCE.
- PCE. (octubre, 1968). Al CC del PCUS: sobre nuestra apreciación de la situación en Checoslovaquia. Carta, Archivo Histórico del PCE, Relaciones Internacionales, Jacq. 339, Madrid.
- PCUS. (1968-1969). Carta de respuesta desde el PCUS. Correspondencia. Archivo Histórico del PCE, Documentos Oficiales.
- Comité Central del, P. (1956). “Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica al problema español”. Extraído de <http://archivo.juventudes.org/textos/PCE/Por%20la%20reconciliacion%20nacional.pdf> . Última consulta: marzo de 2019.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad García, E. (2017). “Ortodoxos, disidentes y revolucionarios. el proyecto político de los comunistas españoles fieles al campo socialista (1968-1980)”. En Cobo Romero, Francisco *et al* (ed.)*Actas del IX encuentro internacional de investigadores del franquismo. 80 años de la guerra civil española* (pp. 238-292). Sevilla: Fundación de Estudios Sindicales y Cooperación de Andalucía. Extraído

de

[https://www.academia.edu/37732822/ORTODOXOS DISIDENTES Y REVO LUCIONARIOS. EL PROYECTO POL%3%8DTICO DE LOS COMUNI STAS ESPA%3%91OLES FIELES AL CAMPO SOCIALISTA 1968-1980](https://www.academia.edu/37732822/ORTODOXOS_DISIDENTES_Y_REVO_LUCIONARIOS_EL_PROYECTO_POL%3%8DTICO_DE_LOS_COMUNI STAS_ESPA%3%91OLES_FIELES_AL_CAMPO_SOCIALISTA_1968-1980) . Última consulta: marzo de 2019.

Abad García, E. (2018). "Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de la derecha. Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la izquierda revolucionaria". En Fundación Salvador Seguí (Ed.), *Las otras protagonistas de la transición. izquierda radical y movilizaciones sociales*. (pp. 1011-1024). Barcelona: Brumaria.

Agosti, A. (1999). "Bandiere Rossi". (d. M. a través de la lectura de *El inicio del fin del mito soviético*.) Roma, Italia: Editori Riuniti.

Althusser, L. (1975). *Elementos de autocrítica*. Barcelona: Laia.

Anderson, P. (1976). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.

Anderson, P. (1983). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

Anderson, P. (1992). *Los fines de la historia*. Barcelona: Anagrama.

Althusser, L., & Balibar, E. (1978). *Para leer el capital (contribuciones de Althusser y Balibar)*. México DF: Editorial Siglo XXI.

Althusser, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. México D.F.: Siglo XXI.

Álvarez Ramos, E. (2016). "El caos de la denominación posmoderno: Algunas consideraciones en torno al término". *Artifara - Contribuciones*, (16), 73-88.

Andrade Blanco, J. (2012). *El PCE y el PSOE en (la) transición: La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político* (Segunda edición ed.) Siglo XXI de España Editores.

Bautista Páez, D. (2018). "La Primavera de Praga: Socialismo y democracia". Extraído de <https://cultura.nexos.com.mx/?p=16582> . Última consulta: marzo de 2019.

Berzosa, C. (2012). "El carrillo de los 60 y 70". *El Mundo*. Extraído de <https://www.elmundo.es/elmundo/2012/09/18/espana/1347996763.html> . Última consulta: marzo 2019.

Cajal, M. (2010). *Sueños y pesadillas: Memorias de un diplomático*. Tusquets Editores.

- Dagnaud, M. (2011). “Le cinéma, instrument du soft power des nations”. *Géoéconomie*, (58), 21-30. doi:10.3917/geoec.058.0021
- Debord, G. (1967). *La sociedad del espectáculo*. Editorial Pre-textos.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1971). Rizoma (introducción). Valencia. Editorial Pre-textos.
- Derrida, J., & Roudinesco, E. (2002). *Y mañana, qué...* . Madrid. Editorial FCE.
- Elorza, A. (2018, -08-15). Columna | La lección de Praga. *El País* Extraído de https://elpais.com/elpais/2018/08/13/opinion/1534168819_667486.html . Última consulta: marzo de 2019.
- Engels, F., & Marx, C. (1879). *Obras escogidas (tomo II)*. Moscú: Editorial Progreso.
- Engels, F., & Marx, K. (1844). *La sagrada familia*. Ediciones AKAL.
- Erice, F. (2010, “Evolución histórica del PCE (II): De la reconciliación nacional a la crisis de la transición”. *Colección Formación PCE II*
- Ferrero Blanco, M. D. (2004). “Las reacciones en Europa tras la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968”. *Cuadernos Constitucionales De La Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, (45), 218-240. Extraído de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1129454> . Última consulta: marzo de 2019.
- Forner, S., & Senante, H. (2017). “Contra franco y contra europa: El partido comunista de España y la integración comunitaria (1957-1972)”. *Revista De Estudios Políticos*, (177), 181-211. doi:10.18042/cepc/rep.177.06
- Foucault, M. (1981). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* Alianza Ed.
- Foucault, M., & Henry-Levy, B. (1977). “No al sexo rey”. En Foucault, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (págs. 191-211). Madrid: Alianza Editorial .
- Fukuyama, F. (1989). *¿ El fin de la historia? y otros ensayos* (2015th ed.) Alianza Madrid.
- Harris, C. (2018). “50 años de la primavera de Praga: ¿Qué pasó y cuál es su legado?” Euronews. Extraído en marzo de 2019 de <https://es.euronews.com/2018/08/21/50-anos-de-la-primavera-de-praga-que-paso-y-cual-es-su-legado->
- Laffond, J. C. R. (2015). “Perder el miedo, romper el mito: Reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el franquismo y la Transición”. *Hispania: Revista Española De Historia*, 75(251), 833-862. Extraído de

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5287721> . Última consulta: abril de 2019.

Lenin, V. (1917). *El estado y la revolución*. Moscú: Editorial Progreso.

Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío* Anagrama Barcelona, España.

Luxemburgo, R. (1900). *Reforma o Revolución*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Foucault, Michel. (1977). “Verdad y poder”. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones* (pp. 169-190). Madrid: Alianza Editorial.

Morán, G. (1986). *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España: 1939-1985* GeoPlaneta, Editorial, SA.

Pala, G., & Nencioni, T. (2008). *El inicio del fin del mito soviético: Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga* Editorial El Viejo Topo.

Reuters/EP. (16 de enero de 2019). “República Checa conmemora el 50º aniversario de la muerte del joven Jan Palach”. Europapress.

Santora, M. (2018, -08-23). “Lo que nos enseñó la Primavera de Praga (y el invierno de su represión)”. *The New York Times* Extraído de <https://www.nytimes.com/es/2018/08/23/primavera-praga-aniversario-50-urss/> . Última consulta: marzo de 2019

Sergio Bologna. (2018). “La verdadera revolución del 68”; In Emmanuel Chamorro, & Anxo Garrido (Eds.), *Fue sólo un comienzo. Pensar el 68 hoy*. (pp. 49-62). Madrid: Dado Ediciones.

Tertsch, H. (19 de Marzo de 1988). “Llamamiento al desarme de la URSS y Yugoslavia”. *El País*.

Treglia, E. (2015). “El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)”. *Cuadernos De Historia Contemporánea*, 37, 225-255. doi:10.5209/rev_CHCO.2015.v37.50993

Vásquez Rocca, A. (2011). “La posmodernidad. nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos”. *Nómadas. Revista Crítica De Ciencias Sociales Y Jurídicas*, (29) Extraído de <http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA1111140285A> Última consulta: abril de 2019.

Vattimo, G. (1988).” Posmodernidad y fin de la historia”. Moderno Posmoderno,
Extraído de
http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/handle/10391/5526/01_Utop%C3%ADas_02_1_989_Vattimo_Gianni_2-7.pdf?sequence=1&isAllowed=y . Última consulta: abril
de 2019.